COMITÉ INVISIBLE

La insurrección que viene

[pepitas ed.]


WWW.PEPITAS.NET

La insurrección que viene

Título original: *L'insurrection qui vient*

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.° 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

Traducción del francés: © Diego Luis Sanromán

Imagen de portada: John Gibler (Oaxaca, 2006, fotografía incluida en el libro *La insurrección transmitida* de Fernando Lobo).

Grafismo: Julián Lacalle

ISBN: 978-84-17386-57-3
Dep. legal: LR-226-2020

Primera edición, marzo de 2020

comité invisible

La insurrección que viene

Traducción de
Diego Luis Sanromán

Desde cualquier ángulo que se lo mire, el presente no tiene salida. No es la menor de sus virtudes. A aquellos que querrían mantener a cualquier precio la esperanza, les priva de sostén. Aquellos que pretenden ostentar soluciones son desmentidos al instante. Se oye decir que todo esto solo puede ir de mal en peor. «El futuro ya no tiene porvenir» es la sabiduría de una época que, bajo su apariencia de extrema normalidad, ha alcanzado el nivel de conciencia de los primeros punks.

La esfera de la representación política se clausura. De izquierda a derecha, la misma nada adopta poses de capo o aires de virgen, las mismas cabezas visibles intercambian sus discursos según los últimos hallazgos del servicio de comunicación. Los que todavía votan dan la impresión de no tener otra intención que reventar las urnas a base de votos de mera protesta. Empieza a adivinarse que, en realidad, es *contra el voto mismo* que se continúa votando. Nada de lo que se presenta está, ni de lejos, a la altura de la situación. En su mismo silencio, la población parece infinitamente más adulta que los

peleles que riñen por gobernarla. El último *chibani** de Belleville es más sensato en sus palabras que cualquiera de nuestros llamados dirigentes en todas sus declaraciones. La tapadera de la olla social se cierra a triple rosca mientras en el interior la presión no cesa de aumentar. Llegado desde Argentina, el espectro del «¡Que se vayan todos!» empieza a atormentar seriamente las cabezas de los dirigentes.

Las revueltas de noviembre de 2005 no dejan de proyectar su sombra sobre todas las conciencias. Estas primeras hogueras son el bautismo de una década plena de promesas. Al cuento mediático de las periferias-contra-la-República no le falta eficacia, pero le falta a la verdad. Hasta en el centro de las ciudades prendieron las fogatas, que fueron sistemáticamente silenciadas. Calles enteras de Barcelona ardieron en solidaridad, sin que nadie salvo sus habitantes supiera nada. Y ni siquiera es cierto que el país haya dejado desde entonces de llamear. Entre los inculpados se encuentra todo tipo de perfiles, a los que no unifica apenas más que el odio a la sociedad existente, y no la pertenencia a una clase, raza o barrio. Lo inédito no reside en una «re-

---

* En árabe magrebí, «viejo» o «anciano». [Esta y el resto de notas son del traductor].

vuelta de las periferias», que ya en 1980 no era nueva, sino en la ruptura con sus formas establecidas. Los asaltantes ya no escuchan a nadie, ni a los hermanos mayores ni a la asociación local que debería gestionar la vuelta a la normalidad. Ningún SOS Racismo podrá hundir sus raíces cancerosas en este acontecimiento, al que solo la fatiga, la falsificación y la *omertà* mediáticas han podido fingir poner término. Toda esta serie de golpes nocturnos, de ataques anónimos, de sordas destrucciones, ha tenido el mérito de dilatar al máximo la brecha entre *la* política y *lo* político. Nadie puede negar honestamente la carga de evidencia de este asalto, que no formulaba ninguna reivindicación, ningún mensaje salvo el de la amenaza; que no tenía nada que ver con *la* política. Hay que estar ciego para no ver todo lo que hay de puramente político en esta decidida negación de *la* política; o no saber nada de los movimientos autónomos de la juventud desde hace treinta años. Como niños perdidos, hemos quemado las primeras baratijas de una sociedad que no merece más consideración que los monumentos de París al final de la Semana Sangrienta, y que lo sabe.

No habrá solución *social* a la situación actual. Primero, porque el vago conglomerado de entornos, instituciones y burbujas individuales al que por antífrasis se lla-

ma «sociedad» es inconsistente; y luego, porque ya no hay lenguaje para la experiencia común. Y no se comparten riquezas si no se comparte un lenguaje. Fue preciso medio siglo de lucha en torno a la Ilustración para darle forma a la posibilidad de la Revolución francesa, y un siglo de lucha en torno al trabajo para concebir el temible «Estado providencia». Las luchas crean el lenguaje en el que se enuncia el nuevo orden. Hoy no hay nada semejante. Europa es un continente pobretón que hace sus compras a escondidas en Lidl y viaja en *low cost* para poder seguir viajando. Ninguno de los problemas que se formulan en el lenguaje social admite en él una resolución. La «cuestión de las pensiones», la cuestión de la «precariedad», la de los «jóvenes» y su «violencia», solo pueden quedar en suspenso mientras se gestionan policialmente las acciones cada vez más impactantes que tales cuestiones encubren. Nunca se logrará vender el encanto de limpiarles el culo a precio de ganga a unos ancianos abandonados por los suyos y que no tienen nada que decir. Quienes han encontrado en las vías criminales menos humillación y más beneficios que en la limpieza de supermercados no entregarán sus armas, y la cárcel no les inculcará el amor a la sociedad. El furor de gozar de las hordas de jubilados no soportará sumisamente los sombríos recortes en sus rentas mensuales, y no puede más que exacerbarse ante el rechazo del trabajo de una amplia

fracción de la juventud. Para terminar, ninguna renta garantizada aprobada al día siguiente de una cuasisublevación sentará las bases de un nuevo *New Deal*, de un nuevo pacto, de una nueva paz. El sentimiento social se ha evaporado ya demasiado para ello.

A modo de solución, la presión para que *no pase nada*, y con ella la parcelación policial del territorio, no van a dejar de acentuarse. El dron que, según confesión de la propia policía, sobrevoló el pasado 14 de julio el departamento de Seine-Saint-Denis dibuja el futuro en colores más francos que todas las brumas humanistas. Que se haya tomado la precaución de precisar que no estaba armado enuncia con bastante claridad la vía que hemos emprendido. El territorio será troceado en zonas cada vez más estancas. Las autovías situadas al borde de un «barrio conflictivo» forman un muro invisible capaz de separarlo por completo de las zonas residenciales. Piensen lo que piensen las nobles almas republicanas, la gestión de los barrios «por comunidad» es notoriamente la más operativa. Las porciones puramente metropolitanas del territorio, los principales centros urbanos, mantendrán en una deconstrucción cada vez más retorcida, más sofisticada, más estridente, su lujosa vida. Iluminarán todo el planeta con su luz de burdel mientras las patrullas de la BAC* y de las compañías de

---

* Brigada anticriminal.

seguridad privadas (en resumen, las milicias) se multiplican al infinito, beneficiándose al mismo tiempo de una cobertura judicial cada vez más impúdica.

El callejón sin salida del presente, perceptible en todas partes, en todas partes se niega. Nunca se emplearon tantos psicólogos, sociólogos y literatos, cada uno con su jerga particular, en una tarea cuya conclusión brilla por su ausencia. Basta con escuchar los cantos de la época, las tonadillas de la «nueva *chanson française*» en las que la pequeña burguesía diseca sus estados de ánimo, y las declaraciones de guerra de la Mafia K'1Fry* para saber que la coexistencia cesará muy pronto, que una decisión está próxima.

Este libro está firmado con un nombre de colectivo imaginario. Sus redactores no son sus autores. Se han contentado con poner un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las mesas de los bares, tras la puerta cerrada de los dormitorios. No han hecho más que fijar las verdades ne-

---

* Pronunciado «Mafia Cainfri», es decir, «*africain*» (africano) en argot verlan. Colectivo francés de hip-hop originario de Val-de-Marne y activo entre los años 1995 y 2007.

cesarias, esas cuya represión universal llena los hospitales psiquiátricos y llena las miradas de pena. Se han convertido en los escribas de la situación. El privilegio de las circunstancias radicales es que la precisión lleva en buena lógica a la revolución. Basta con decir lo que se tiene ante los ojos y no eludir la conclusión.

PRIMER CÍRCULO
«I AM WHAT I AM»

«I AM WHAT I AM». Es la última ofrenda del *marketing* al mundo, el último estadio de la evolución publicitaria, por delante, muy por delante de todas las exhortaciones a ser diferente, a ser uno mismo y a beber Pepsi. Décadas de conceptos para llegar a esto, a la pura tautología. YO = YO. Él corre sobre la cinta delante del espejo de su gimnasio. Ella vuelve del curro al volante de su Smart. ¿Se encontrarán?

«SOY LO QUE SOY». Mi cuerpo me pertenece. Yo soy yo, tú eres tú, *y la cosa va mal.* Personalización de masas. Individualización de todas las condiciones: de vida, de trabajo, de desgracia. Esquizofrenia difusa. Depresión rampante. Atomización en finas partículas paranoicas. Histerización del contacto. Cuanto más quiero ser yo, más tengo un sentimiento de vacío. Cuanto más me expreso, más me seco. Cuanto más me persigo,

más me agoto. Yo me aferro, tú te aferras, nosotros nos aferramos a nuestro Yo como a una fastidiosa ventanilla. Nos hemos convertido en los representantes de nosotros mismos —ese extraño comercio—, en los garantes de una personalización que a la postre tiene todo el aspecto de una amputación. Nos aseguramos hasta la ruina con una torpeza más o menos disimulada.

Entretanto, *yo gestiono*. La búsqueda de mí mismo, mi blog, mi piso, las últimas idioteces de moda, las historias de pareja, los líos de faldas... ¡la de prótesis que hacen falta para mantener un Yo! De no haberse convertido en esa abstracción definitiva, «la sociedad» designaría el conjunto de muletas existenciales que me tienden para permitir que siga arrastrándome, el conjunto de dependencias que he contraído en pago de mi identidad. *El minusválido es el modelo de la ciudadanía que viene*. No deja de ser premonitorio que las asociaciones que lo explotan ahora reivindiquen para él la «renta de subsistencia».

La conminación generalizada a «ser alguien» sustenta el estado patológico que hace necesaria esta sociedad. La conminación a ser fuerte produce la debilidad a través de la cual se mantiene, hasta el punto de que *todo parece adquirir un aspecto terapéutico*, incluso trabajar, incluso amar. Todos los «¿Qué tal?» que se intercam-

bian en una jornada hacen pensar en una sociedad de pacientes que se toman mutuamente la temperatura. La sociabilidad ahora está hecha de mil pequeños nichos, de mil pequeños refugios donde uno se mantiene caliente. Donde siempre se está mejor que en el intenso frío de afuera. Donde todo es falso, pues todo es un pretexto para calentarse. Donde nada puede acontecer porque uno está secretamente ocupado en tiritar junto a los demás. Pronto esta sociedad no se sostendrá más que por la tensión de todos los átomos sociales hacia una ilusoria curación. Es una central que extrae su energía de un gigantesco embalse de lágrimas siempre a punto de desbordarse.

«I AM WHAT I AM». Jamás dominación alguna había encontrado consigna menos sospechosa. El mantenimiento del Yo en un estado de semirruina permanente, en un semidesvanecimiento crónico, es el secreto mejor guardado del orden de cosas actual. El Yo débil, deprimido, autocrítico, virtual, es por esencia ese sujeto indefinidamente adaptable que requiere una producción basada en la innovación, la obsolescencia acelerada de las tecnologías, la alteración constante de las normas sociales, la flexibilidad generalizada. Es a la vez el consumidor más voraz y, paradójicamente, *el Yo más productivo*, aquel que se lanzará con la mayor

energía y avidez sobre el menor *proyecto* para regresar más tarde a su estado larvario original.

¿Qué es «LO QUE SOY», pues? Algo atravesado desde la infancia por flujos de leche, olores, historias, sonidos, afectos, cancioncillas, sustancias, gestos, ideas, impresiones, miradas, cantos y comida. ¿Lo que soy? Algo ligado por doquier a lugares, sufrimientos, ancestros, amigos, amores, acontecimientos, lenguas, recuerdos, a toda suerte de cosas que, a todas luces, *no son yo*. Todo lo que me ata al mundo, todos los vínculos que me constituyen, todas las fuerzas que me pueblan no tejen esa identidad que me incitan a enarbolar, sino una *existencia* singular, común, viva, y de la cual emerge en algunos lugares, en algunos momentos, ese ser que dice «yo». Nuestro sentimiento de inconsistencia no es sino el efecto de esta estúpida creencia en la permanencia del Yo, y del escaso cuidado que ponemos en aquello que nos produce.

Da vértigo ver un rascacielos de Shanghái coronado por el «I AM WHAT I AM» de Reebok. Occidente lanza por todas partes, como su caballo de Troya favorito, esa cargante antinomia entre el Yo y el mundo, entre el individuo y el grupo, entre apego y libertad. La libertad no es el gesto de deshacerse de nuestros apegos, sino la capacidad *práctica* de operar sobre ellos, de moverse en ellos, de establecerlos o zanjarlos. La familia no existe como familia —es decir, como infier-

no— más que para quien ha renunciado a alterar sus mecanismos debilitadores, o no sabe cómo hacerlo. La libertad de *desarraigarse* ha sido siempre el fantasma de la libertad. No nos deshacemos de lo que nos coarta sin perder al mismo tiempo aquello sobre lo que podríamos ejercer nuestras fuerzas.

«I AM WHAT I AM» no es, pues, una simple mentira, una simple campaña publicitaria, sino una campaña *militar*, un grito de guerra dirigido contra todo lo que hay *entre* los seres, contra todo lo que circula indiscriminadamente, todo lo que los liga de forma invisible, todo lo que supone un obstáculo para la perfecta desolación, contra todo lo que hace que *existamos* y que el mundo no tenga por todos lados el aspecto de una autopista, de un parque de atracciones o de una ciudad nueva: tedio puro, sin pasión y bien ordenado, espacio vacío, helado, por el que no transitan más que cuerpos matriculados, moléculas automóviles y mercancías ideales.

Francia no es la patria de los ansiolíticos, el paraíso de los antidepresivos, la meca de la neurosis, sin ser simultáneamente la campeona europea de la productividad horaria. La enfermedad, la fatiga, la depresión pueden considerarse los síntomas *individuales* de aquello de lo que hay que sanar. Contribuyen al mantenimiento del orden existente, a mi dócil acomodo a normas idiotas,

a la modernización de las muletas. Ocultan la selección en mí de inclinaciones inoportunas, conformes y productivas, y de aquellas a las que habrá que guardar luto amablemente. «Hay que saber cambiar, ¿sabes?». Pero, tomadas como *hechos*, mis debilidades pueden conducir también al desmantelamiento de la hipótesis del Yo. Entonces, se convierten en actos de resistencia en la guerra en curso. Se convierten en rebelión y en centro de energía contra todo lo que conspira para normalizarnos, para amputarnos. *El Yo no es lo que está en crisis en nosotros, sino la forma que tratan de imprimirnos.* Quieren hacer de nosotros Yoes bien delimitados, perfectamente separados, clasificables e inventariables por cualidades, en resumen, controlables, cuando somos criaturas entre otras criaturas, singularidades entre nuestros semejantes, carne viva tejiendo la carne del mundo. Contrariamente a lo que se nos repite desde la infancia, la inteligencia no es saber adaptarse; o en todo caso, si eso es la inteligencia, es la inteligencia de los esclavos. Nuestra inadaptación, nuestra fatiga, no son *problemas* más que desde el punto de vista de quien quiere someternos. Ambas señalan más bien un punto de partida, un punto de unión para complicidades inéditas. Evidencian un paisaje mucho más ruinoso, pero infinitamente más compartible que todas las fantasmagorías que esta sociedad mantiene a su costa.

No estamos deprimidos, estamos en huelga. Para quien se niega a gestionarse, la «depresión» no es un estado, sino un tránsito, un adiós, un paso de lado hacia la desafiliación *política*. A partir de ahí, no hay conciliación que no sea medicamentosa y policial. Por eso esta sociedad no teme imponer Ritalín a los niños demasiado vivos, trenza a diestro y siniestro bridas de dependencia farmacéutica y pretende detectar «trastornos de comportamiento» desde los tres años de edad. Porque la hipótesis del Yo se fisura por doquier.

SEGUNDO CÍRCULO
«LA DIVERSIÓN ES UNA NECESIDAD VITAL»

Un gobierno que declara el estado de emergencia contra unos chavales de quince años. Un país que confía su salvación a un equipo de futbolistas. Un poli que, en la cama de un hospital, se queja de haber sido víctima de «agresiones». Un prefecto que emite un decreto contra quienes se construyan cabañas en los árboles. Dos niños de diez años inculpados del incendio de una ludoteca en Chelles. Esta época destaca por lo grotesco de una situación que parece escapársele a cada paso. Hay que reconocer que los medios no ahorran esfuerzos para sofocar, en los registros de la queja y la indignación, la carcajada con la que deberían acogerse semejantes noticias.

Una carcajada deflagrante es la respuesta ajustada a todas las graves «cuestiones» que se complace en plantear la actualidad. Para empezar por la más trillada: no existe la «cuestión de la inmigración». ¿Quién crece aún

donde nació? ¿Quién vive donde creció? ¿Quién trabaja donde vive? ¿Quién vive donde vivían sus ancestros? ¿Y de quién son los niños de esta época, de la tele o de sus padres? La verdad es que hemos sido arrancados en masa de toda pertenencia, que ya no somos de ninguna parte y que de esto resulta, además de una inédita predisposición al turismo, un innegable sufrimiento. Nuestra historia es la historia de las colonizaciones, de las migraciones, de las guerras, de los exilios, de la destrucción de todos los arraigos. Es la historia de todo lo que ha hecho de nosotros extranjeros en este mundo, invitados en nuestra propia familia. Hemos sido expropiados de nuestra lengua por la enseñanza, de nuestras canciones por los espectáculos de variedades, de nuestras carnes por la pornografía de masas, de nuestra ciudad por la policía, de nuestros amigos por el régimen salarial. A esto hay que añadir en Francia el feroz y secular trabajo de individualización por parte de un poder estatal que anota, compara, disciplina y separa a sus súbditos desde la más tierna infancia, y tritura por instinto las solidaridades que se le escapan a fin de que no quede más que la ciudadanía, la pura pertenencia, fantasmática, a la República. El francés es, más que cualquier otra cosa, el desposeído, el miserable. Su odio al extranjero se funde con su odio a sí mismo *como extranjero*. Su envidia mezclada con pavor de los «barrios marginales» no expresa más que el resentimiento por todo lo que ha per-

dido. No puede evitar envidiar esas llamadas «zonas de relegación», donde todavía persiste un poco de vida en común, algunos vínculos entre los seres, algunas solidaridades no estatales, una economía informal, una organización que aún no se ha desligado de aquellos que se organizan. Hemos llegado a un punto de privación en el que la única forma de sentirse francés consiste en echar pestes contra los inmigrantes, contra aquellos que son más visiblemente *extranjeros como yo*. Los inmigrantes ocupan en este país una curiosa posición de soberanía: *si no estuvieran, los franceses tal vez no existirían*.

Francia es un producto de su escuela, y no a la inversa. Vivimos en un país excesivamente escolar, donde uno se acuerda de la selectividad como de un momento decisivo en la vida. Donde los jubilados todavía te hablan de su fracaso, cuarenta años atrás, en tal o cual examen, y de cuánto pesó esto en toda su carrera, en toda su vida. La escuela de la República ha formado durante un siglo y medio a un tipo de subjetividades estatalizadas, reconocibles entre todas. Gente que acepta la selección y la competición a condición de que las oportunidades sean iguales. Que espera de la vida que cada cual sea recompensado como en una oposición, según el mérito. Que pide siempre permiso antes de tomar. Que respeta calladamente la cultura, los reglamentos y a los primeros

de la clase. Hasta su adhesión a los grandes intelectuales críticos y su rechazo del capitalismo están impregnados de este amor a la escuela. Es esta construcción estatal de las subjetividades la que se hunde cada día un poco más con la decadencia de la institución escolar. La reaparición, veinte años después, de la escuela y de la cultura de la calle en competencia con la escuela de la República y su cultura de cartón es el más profundo traumatismo que sufre actualmente el universalismo francés. En este punto, la derecha más extrema se reconcilia de antemano con la izquierda más virulenta. El solo nombre de Jules Ferry, ministro de Thiers durante el aplastamiento de la Comuna y teórico de la colonización, debería bastar sin embargo para hacernos sospechar de esta institución.

En cuanto a nosotros, cuando vemos a profes salidos de no se sabe qué «comité de vigilancia ciudadana» ir a lloriquear al telediario porque les han quemado *su* escuela, recordamos cuántas veces soñamos con ello de niños. Cuando escuchamos a un intelectual de izquierdas eructar sobre la barbarie de las bandas juveniles que interpelan a los viandantes en la calle, roban en las tiendas, incendian coches y juegan al gato y al ratón con los antidisturbios, nos acordamos de lo que se decía de los *blousons noirs** en los años sesenta o, mejor, de

* Literalmente, «cazadoras negras». Subcultura juvenil surgida

los apaches en la *belle époque*: «Bajo el nombre genérico de "apaches" —escribe un juez del tribunal del Sena en 1907—, está de moda desde hace algunos años designar a todos los individuos peligrosos, a ese hatajo de reincidentes, enemigos de la sociedad, sin patria ni familia, desertores de todos los deberes, dispuestos a los más audaces golpes y a cualquier atentado contra las personas y las propiedades». Estas bandas, que huyen del trabajo, toman el nombre de su barrio y se enfrentan a la policía, son la pesadilla del buen ciudadano individualizado a la francesa: encarnan todo aquello a lo que ha renunciado, toda la alegría posible y a la cual él no accederá jamás. Es una impertinencia *existir* en un país donde a un niño al que pillan cantando a su aire se le reprende inevitablemente con un «¡para, que va a llover!», donde la castración escolar produce puntualmente generaciones de civilizados empleados. El aura persistente de Mesrine* no se debe tanto a su rectitud

---

en Francia en la década de los cincuenta y que comenzó a desfallecer en la segunda mitad del decenio siguiente. En cierto modo, es el equivalente francés de los «greasers» estadounidenses o los «teddy boys» británicos.

* Sobre Mesrine, en esta misma editorial: Jacques Mesrine, *Instinto de muerte. La autobiografía del enemigo público número uno*, Logroño: Pepitas, 2010. Traducción de Jesús Romé. Alèssi Dell'Umbria, *R.I.P. Jacques Mesrine*, Logroño: Pepitas, 2011. Traducción de Federico Corriente.

y audacia como al hecho de haberse propuesto vengarse de lo que todos deberíamos vengarnos. O más bien de lo que deberíamos vengarnos *directamente* ahí donde seguimos dando rodeos, postergando la venganza. Pues no cabe duda de que, por medio de mil bajezas inadvertidas, de toda suerte de maledicencias, de una malicia glacial y una cortesía venenosa, el francés no cesa de vengarse, permanentemente y contra todo, del aniquilamiento al cual se ha resignado. Ya era hora de que el «¡que se joda la policía!» sustituyera al «sí, señor agente». En este sentido, la hostilidad sin matices de ciertas bandas no hace más que expresar, de una manera un poco menos sorda que otras, el mal ambiente, el mal espíritu de fondo, las ganas de destrucción salvadora en las que se consume este país.

Llamar «sociedad» al pueblo de extranjeros en medio del cual vivimos constituye tal usurpación que incluso los sociólogos se plantean renunciar a un concepto que durante un siglo fue su sustento. Prefieren ahora la metáfora de la *red* para describir la forma en que se conectan las soledades cibernéticas, en que se tejen las interacciones débiles conocidas con nombres como «compañero», «contacto», «colega», «relación» o «aventura». En cualquier caso, sucede que estas redes se condensan en un *medio*, en el que no se com-

parte nada salvo códigos y en el que nada está en juego salvo la incesante recomposición de una identidad.

Sería una pérdida de tiempo detallar todo lo que hay de agonizante en las relaciones sociales existentes. Se dice que la familia vuelve, que la pareja vuelve. Pero la familia que vuelve no es la que se marchó. Su retorno no es más que una profundización de la separación reinante, que sirve para disimularla, y así se convierte ella misma en disimulo. Cualquiera puede atestiguar las dosis de tristeza que condensan año tras año las fiestas familiares, las sonrisas trabajosas, el bochorno de ver a todo el mundo simular en vano, el sentimiento de que hay un cadáver ahí, sobre la mesa, y de que todo el mundo hace como si no pasara nada. De flirteo en divorcio, de pareja de hecho en recomposición, cada cual experimenta la inanidad del triste núcleo familiar, pero la mayoría parece juzgar que sería aún más triste renunciar a él. La familia ya no es tanto el agobio del control materno o el patriarcado de los tortazos en la jeta como ese abandono infantil a una dependencia algodonosa, donde todo es conocido; ese momento de despreocupación frente a un mundo que ya nadie puede negar que se desploma, un mundo en el que «emanciparse» es un eufemismo de «haber encontrado jefe al fin y poder pagarse el alquiler». Quisiéramos

hallar en la familiaridad biológica la excusa para corroer en nosotros toda determinación un poco rompedora, para hacernos renunciar, so pretexto de que nos han visto crecer, tanto a hacernos adultos como a la gravedad que hay en la infancia. Hay que preservarse de tal corrosión.

La pareja es como el último escalón de la gran debacle social. Es el oasis en medio del desierto humano. En ella se busca, bajo los auspicios de lo «íntimo», todo lo que de forma tan evidente ha abandonado las relaciones sociales contemporáneas: el calor, la sencillez, la verdad, una vida sin teatro ni espectador. Pero, una vez pasado el aturdimiento amoroso, la «intimidad» deja caer su disfraz: ella misma es una invención social, habla el lenguaje de las revistas femeninas y de la psicología; como el resto, dispone de estrategias hasta la náusea. No hay en ella más verdad que en cualquier otro lugar; también en ella dominan la mentira y las leyes de la extrañeza. Y cuando, por fortuna, se encuentra en ella esa verdad, reclama un modo de compartir que desmiente la forma misma de la pareja. Aquello por lo que los seres se aman es también lo que los hace amables y arruina la utopía del autismo para dos.

En realidad, la descomposición de todas las formas sociales es una ganga. Para nosotros, es la condición ideal de una experimentación de masas, salvaje, de nuevos agenciamientos, de nuevas fidelidades. La

famosa «dimisión parental» nos ha impuesto una confrontación con el mundo que ha forzado en nosotros una lucidez precoz y augura algunas hermosas revueltas. En la muerte de la pareja, nosotros vemos nacer formas perturbadoras de afectividad colectiva, ahora que el sexo ha sido exprimido al máximo, ahora que la virilidad y la feminidad no son ya más que viejos trajes apolillados, y que tres décadas de continuas innovaciones pornográficas han agotado todos los atractivos de la transgresión y la liberación. Con lo que resta de incondicional en los lazos de parentesco, tenemos la intención de construir una armadura de solidaridad política tan impenetrable a la injerencia estatal como un campamento gitano. Hasta las interminables subvenciones que muchos padres se ven obligados a pagar a su progenie proletarizada pueden convertirse en una forma de mecenazgo en pro de la subversión social. «Emanciparse» también podría querer decir: aprender a pelear en la calle, a apoderarse de las casas vacías, a no trabajar, a amarse locamente y a robar en las tiendas.

TERCER CÍRCULO
«LA VIDA, LA SALUD Y EL AMOR SON PRECARIOS. ¿POR QUÉ DEBERÍA EL TRABAJO ESCAPAR A ESTA LEY?»

No hay cuestión más embrollada, en Francia, que la del trabajo. No hay relación más retorcida que la de los franceses con el trabajo. Id a Andalucía, a Argelia, a Nápoles. Allí en el fondo se desprecia el trabajo. Id a Alemania, a Estados Unidos, a Japón. Reverencian el trabajo. Las cosas cambian, cierto es. Sin duda, hay *otakus* en Japón, *frohe Arbeitlose* en Alemania y *workaholics* en Andalucía. Pero por el momento no son más que curiosidades. En Francia, se hacen auténticos malabarismos para trepar en la jerarquía, pero en privado se alardea de no dar ni chapa. Uno se queda en el curro hasta las diez de la noche cuando está desbordado, pero no se tienen escrúpulos a la hora de robar material de oficina por aquí y por allá o de sisar en el almacén piezas de recambio, que luego se revenden

llegado el caso. Se detesta a los jefes, pero se quiere ser empleado a toda costa. Tener trabajo es un honor y trabajar, un signo de servilismo. En resumen: el perfecto cuadro clínico de la histeria. Se ama odiando, se odia amando. Y todo el mundo conoce el estupor y el desasosiego que asaltan al histérico cuando pierde a su víctima, su amo. En la mayoría de los casos, no se recupera.

En este país profundamente *político* que es Francia, el poder industrial siempre ha estado sometido al poder estatal. La actividad económica nunca ha dejado de estar supervisada por una administración puntillosa. Los grandes patrones que no proceden de la nobleza de Estado, tipo Polytechnique-ENA,* son los parias del mundo de los negocios, esos de los que se dice entre bastidores que dan un poco de lástima. Bernard Tapie es su héroe trágico: adulado un día, en el talego al siguiente, *siempre intocable*. Que se haya movido después por los escenarios no tiene nada de asombroso. Al contemplarlo como se contempla a un monstruo, el público francés lo mantiene a una distancia prudente y,

---

* La Escuela Politécnica y la Escuela Normal de Administración (ENA) son dos prestigiosas instituciones de enseñanza superior en Francia. La última es una suerte de factoría de altos funcionarios del Estado (los llamados enarcas), y de ella proceden algunos de los últimos presidentes de la República, como François Hollande o Emmanuel Macron.

gracias al espectáculo de tan fascinante infamia, se protege de su contacto. A pesar del gran farol de los años ochenta, *el culto a la empresa jamás ha cuajado en Francia*. Quienquiera que escriba un libro para vilipendiarla tiene garantizado un *best seller*. Por mucho que los directivos, sus costumbres y su literatura se pavoneen en público, se hallan cercados por un cordón sanitario de burlas, un océano de desprecios, un mar de sarcasmos. El empresario no forma parte de la familia. Bien mirado, en la jerarquía de la detestación, se le aborrece más que al poli. Ser funcionario sigue siendo, contra viento y marea, contra *golden boys* y privatizaciones, la definición convenida del *buen* trabajo. Se puede envidiar la riqueza de quienes no lo son, pero no se envida su puesto.

Sobre el trasfondo de esta neurosis, los sucesivos gobiernos todavía pueden declarar la guerra contra el paro, y fingir que libran la «batalla del empleo» mientras los exejecutivos acampan, móvil en mano, en las carpas de Médicos del Mundo a orillas del Sena. Cuando las expulsiones masivas del INEM, a pesar de todos los trucos estadísticos, a duras penas consiguen situar el número de parados por debajo de los dos millones; cuando, según reconocen los propios servicios de inteligencia, la RMI* y el *trapicheo* son las únicas garan-

---

* Renta Mínima de Inserción.

tías contra una explosión social posible en cualquier momento; es la economía psíquica de los franceses, así como la estabilidad política del país, lo que está en juego en el mantenimiento de la ficción laborista.

Permítasenos que nos la sude.

Pertenecemos a una generación que vive *muy bien* sin esta ficción. Que jamás ha contado con la jubilación ni con el derecho del trabajo, y mucho menos con el derecho *al* trabajo. Que ni siquiera es «precaria», como se complacen en teorizar las fracciones más avanzadas de la militancia izquierdista, porque ser precario significa definirse todavía en relación con la esfera del trabajo; en este caso, *con su descomposición*. Admitimos la necesidad de conseguir dinero —por cualquier medio—, porque actualmente es imposible prescindir de él, no la necesidad de trabajar. Además ya no trabajamos: *curramos a destajo*. La empresa ya no es un lugar en el que existimos, sino un lugar que atravesamos. No somos cínicos, solo reticentes a que nos engañen. Los discursos sobre la motivación, la calidad y la implicación personal nos resbalan, para mayor desesperación de los gestores de recursos humanos. Se dice que estamos decepcionados con la empresa, que la empresa no honró la lealtad de nuestros padres, que los despidió sin demasiadas contemplaciones. Mienten. Para estar desesperado, antes tiene que haber habido esperanza. Y nosotros nunca esperamos nada de ella: vemos la

empresa como lo que es y siempre ha sido, un timo de comodidad variable. Solo lo sentimos por nuestros padres, que cayeron en la trampa; al menos, aquellos que se lo creyeron.

La confusión de sentimientos que rodea la cuestión del trabajo puede explicarse así: el concepto de trabajo siempre ha abarcado dos dimensiones contradictorias, una dimensión de *explotación* y una dimensión de *participación*. Explotación de la fuerza de trabajo individual y colectiva por la apropiación privada o social de la plusvalía; participación en una obra común mediante los vínculos que se tejen entre quienes cooperan dentro del universo de la producción. Estas dos dimensiones se confunden de forma brutal en el concepto de trabajo, lo que a fin de cuentas explica tanto la indiferencia de los trabajadores hacia la retórica marxista, que niega la dimensión de la participación, como hacia la retórica empresarial, que niega la dimensión de la explotación. De ahí también la ambivalencia de la relación con el trabajo, a la vez vilipendiado, porque nos hace extraños a lo que hacemos, y adorado, porque es una parte de nosotros lo que en él está en juego. El desastre aquí es previo: reside en todo lo que ha habido que destruir, en todos aquellos a los que ha habido que desarraigar para que el trabajo acabe por aparecer

como *la única forma de existir*. El horror al trabajo radica menos en el trabajo mismo que en la metódica devastación, desde hace siglos, de todo lo que no es él: complicidades de barrio, de oficio, de pueblo, de lucha, apego a los lugares, a los seres, a las estaciones, a las formas de hacer y de hablar.

Ahí reside la paradoja actual: el trabajo ha triunfado sin resquicios frente a todas las demás formas de existir al mismo tiempo que los trabajadores se han vuelto superfluos. Los incrementos de productividad, la deslocalización, la mecanización, la automatización y la digitalización de la producción han progresado hasta tal punto que han reducido a casi nada la cantidad de trabajo vivo necesario para la confección de cada mercancía. Vivimos la paradoja de una sociedad de trabajadores sin trabajo, en la que la distracción, el consumo y el ocio no hacen más que acentuar la falta de aquello de lo que deberían distraernos. La mina de Carmaux, que se hizo célebre durante un siglo por sus huelgas violentas, ha sido reconvertida en un parque temático. Es un «centro multiocio», donde se practica *skate* y se monta en bicicleta, y que destaca por un «museo de la mina» en el que se simulan explosiones de grisú para los veraneantes.

En las empresas, el trabajo se divide de forma cada vez más evidente entre empleos altamente cualificados de investigación, concepción, control, coordinación y

comunicación, ligados a la aplicación de todos los saberes necesarios para el nuevo proceso de producción cibernetizado, y empleos no cualificados de mantenimiento y vigilancia de dicho proceso. Los primeros son poco numerosos, muy bien pagados y, en consecuencia, tan codiciados que a la minoría que los acapara ni se le ocurría dejar caer ni una miga. Su trabajo y ellos se funden, en efecto, en un abrazo angustioso. Ejecutivos, científicos, lobistas, investigadores, programadores, desarrolladores, consultores e ingenieros no dejan de trabajar *literalmente* jamás. Hasta sus ligues aumentan su productividad. «Las empresas más creativas son también aquellas en las que las relaciones íntimas son más abundantes», teoriza un filósofo del Departamento de Recursos Humanos. «Los colaboradores de la empresa —confirma el de Daimler-Benz— forman parte del capital de la empresa. [...] Su motivación, su pericia, su capacidad de innovación y su preocupación por los deseos de la clientela constituyen la materia prima de los servicios innovadores. [...] Su comportamiento, su competencia social y emocional, tienen un peso creciente en la evaluación de su trabajo. [...] Este no se evaluará por la cantidad de horas de permanencia, sino en base a los objetivos alcanzados y la calidad de los resultados. Son emprendedores».

El conjunto de tareas que no han podido delegarse a la automatización forman una nebulosa de puestos que,

al no poder ser ocupados por máquinas, lo son por cualquier humano: manipuladores, reponedores, trabajadores en cadena, temporeros, etc. Esta mano de obra flexible, indiferenciada, que pasa de una tarea a otra y nunca permanece mucho tiempo en la misma empresa, ya no puede agregarse en una sola fuerza, pues jamás se encuentra en el centro del proceso de producción, sino como pulverizada en una multitud de intersticios y ocupada en tapar los agujeros de todo lo que no ha sido mecanizado. El interino es la figura de este obrero que ya no es tal, que ya no tiene un oficio, sino competencias que va vendiendo en cada uno de sus encargos y cuya disponibilidad sigue siendo un trabajo.

Al margen de este núcleo de trabajadores efectivos, necesarios para el buen funcionamiento de la máquina, ahora se extiende una mayoría que se ha vuelto supernumeraria, que sin duda es útil para dar salida a la producción pero apenas para nada más, y que, en su desocupación, entraña para la máquina el riesgo del sabotaje. La amenaza de una desmovilización general es el fantasma que recorre el actual sistema de producción. A la pregunta: «¿por qué trabajar, entonces?», no todo el mundo responde como aquel exbeneficiario de la RMI a *Libération*: «Por mi bienestar. Tenía que ocuparme en algo». Esta población flotante tiene que

estar ocupada, o ser contenida. Ahora bien, hasta hoy no se ha encontrado mejor método disciplinario que el régimen salarial. Habrá que continuar, pues, con el desmantelamiento de los «logros sociales» para conducir al redil salarial a los más reacios, esos que solo se rinden ante la alternativa de diñarla de hambre o pudrirse en el talego. La explosión del sector esclavista de los «servicios personales» debe continuar: mujeres de la limpieza, hostelería, masajes, asistencia a domicilio, prostitución, cuidados, clases particulares, ocio terapéutico, ayuda psicológica, etc. Todo ello acompañado por un incremento continuo de las normas de seguridad, de higiene, de comportamiento y de educación, de una aceleración en la fugacidad de las modas, que son la única base para la necesidad de tales servicios. En Ruan, los parquímetros automáticos han cedido su lugar a los «parquímetros humanos»: alguien que se aburre en la calle os entrega un ticket de estacionamiento y os alquila un paraguas en caso de que caiga un chaparrón.

El orden del trabajo fue el orden de un mundo. La evidencia de su ruina provoca parálisis ante la sola idea de todo lo que implica. Hoy en día, trabajar está menos ligado a la necesidad *económica* de producir mercancías que a la necesidad *política* de producir productores y

consumidores, de salvar por todos los medios el orden del trabajo. Producirse a *sí mismo* va camino de convertirse en la ocupación dominante de una sociedad en la que la producción ha devenido sin objeto: como un carpintero al que se hubiera desposeído de su taller y, en su desesperación, se pusiera a cepillarse a sí mismo. De ahí el espectáculo de todos esos jóvenes que se entrenan para sonreír en las entrevistas de trabajo, que se blanquean los dientes para mejorar su situación, que van a la discoteca para estimular el espíritu de equipo, que aprenden inglés para impulsar su carrera, que se divorcian o se casan para actualizarse, que hacen cursillos de teatro para convertirse en líderes, o de «desarrollo personal» para «gestionar mejor los conflictos». («El "desarrollo personal" más íntimo —afirma un gurú cualquiera— conduce a una mayor estabilidad emocional, a una más fácil apertura a las relaciones, a una agudeza intelectual mejor dirigida y, en consecuencia, a un mayor rendimiento económico»). El bullicio de este pequeño mundo, que espera con impaciencia ser seleccionado entrenándose para resultar natural, tiene que ver con una tentativa de salvamento del orden del trabajo por una ética de la *movilización*. Estar movilizado es relacionarse con el trabajo no como actividad, sino como *posibilidad*. El parado que se quita los *piercings*, va a la peluquería y hace proyectos —que trabaja, como suele decirse, «en su empleabilidad»— ma-

nifiesta de tal forma su movilización. La movilización es ese ligero desprendimiento respecto de uno mismo, ese arrancarse de lo que nos constituye, esa condición de extrañeza a partir de la cual el Yo puede tomarse como objeto de trabajo; a partir de la cual se hace posible *venderse* a sí mismo y no la propia fuerza de trabajo; obtener una remuneración no por lo que se hace, sino por lo que se es; por nuestro exquisito dominio de los códigos sociales, nuestro talento para el trato personal, nuestra sonrisa o nuestra apariencia. Es la nueva norma de socialización. La movilización efectúa la fusión de los dos polos contradictorios del trabajo: aquí uno participa en su explotación y explota toda participación. Idealmente, uno es en sí mismo una pequeña empresa, su propio jefe y su propio producto. Se trabaje o no, se trata de acumular los contactos, las competencias, la «red»; en resumen: el «capital humano». La conminación planetaria a movilizarse con el menor pretexto —el cáncer, el «terrorismo», un temblor de tierra, los sintecho— resume la determinación de los poderes dominantes a mantener el reino del trabajo más allá de su desaparición física.

De tal modo, el actual aparato de producción es, por un lado, una gigantesca máquina de movilizar psíquica y físicamente, de succionar la energía de los humanos que se han vuelto excedentarios; y por otro, una máquina para *clasificar* que concede la supervivencia

a las subjetividades conformes y deja caer a todos los individuos «en situación de riesgo», a todos aquellos que encarnan otro empleo de la vida y que, por ello, se le resisten. Por un lado, se da vida a los espectros; por el otro, se deja morir a los vivos. Tal es la función propiamente política del actual aparato de producción.

Organizarse más allá y contra el trabajo, desertar colectivamente del régimen de movilización, manifestar la existencia de una vitalidad y de una disciplina *en la propia desmovilización* es un crimen que una civilización acorralada está lejos de perdonarnos. Es, en efecto, la única forma de sobrevivir a ella.

CUARTO CÍRCULO
«¡MÁS SENCILLO, MÁS DIVERTIDO, MÁS MÓVIL, MÁS SEGURO!»

Que no se nos hable más de «la ciudad» y del «campo», y menos aún de su antigua oposición. Lo que se extiende a nuestro alrededor no se le asemeja ni de cerca ni de lejos: es un tapiz urbano único, sin forma y sin orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un *continuum* mundial de hipercentros museificados y de parques naturales, de grandes complejos y de inmensas explotaciones agrícolas, de zonas industriales y de urbanizaciones, de casas rurales y de bares de moda: la metrópolis. Existieron sin duda la ciudad antigua, la ciudad medieval o la ciudad moderna; no hay ciudad metropolitana. La metrópolis requiere la síntesis de todo el territorio. Todo cohabita en ella, no tanto geográficamente como por el entramado de sus redes.

Es precisamente porque acaba de desaparecer por lo que la ciudad ahora se fetichiza como Historia. Las

manufacturas de Lille se convierten en salas de espectáculos, el centro asfaltado de Le Havre es patrimonio de la Unesco. En Pekín, se destruyen los *hutongs* que rodean la Ciudad Perdida y, algo más allá, se construyen otros falsos a la atención de los curiosos. En Troyes, se colocan entramados de madera sobre las fachadas de los bloques de hormigón, un arte del pastiche que invita a pensar en las tiendas de estilo victoriano de Disneyland París. Los centros históricos, durante mucho tiempo focos de sedición, encuentran sensatamente su lugar en el organigrama de la metrópolis. Se reservan para el turismo y el consumo ostentoso. Son los islotes de la fantasía mercantil, que se mantiene mediante el jaleo y la estética, pero también por la fuerza. La ñoñería de los mercados navideños se paga cada vez con más vigilantes jurados y patrullas de municipales. El control se integra de maravilla en el paisaje de la mercancía, mostrando a quien quiera verla su cara autoritaria. Es la época de la mezcla: mezcla de musiquillas, de porras telescópicas y de algodón de azúcar. ¡La de vigilancia policial que supone el encandilamiento!

Este gusto por lo auténtico-entre-comillas, y del control que va con él, acompaña a la pequeña burguesía en su colonización de los barrios populares. Empujada fuera de los hipercentros, viene a buscar en ellos una «vida de barrio» que jamás encontraría entre los chalés adosados. Y al expulsar a los pobres, a los co-

ches y a los inmigrantes, al *despejar* el terreno, extirpando los microbios, pulveriza eso mismo que había venido a buscar. En un cartel municipal, un agente de limpieza tiende la mano a un agente del orden; un eslogan: «Montauban, ciudad limpia».

La decencia que obliga a los urbanistas a no hablar ya de «la ciudad», que han destruido, sino de lo «urbano», debería incitarles también a no hablar ya del «campo», que ha dejado de existir. Lo que hay, en su lugar, es un paisaje que se exhibe ante las multitudes estresadas y desarraigadas, un pasado que bien puede ponerse en escena ahora que los campesinos han quedado reducidos a tan poca cosa. Es un *marketing* que se despliega sobre un «territorio» en el que todo debe ser valorizado o constituido en patrimonio. Es siempre el mismo vacío glacial el que llega hasta el más recóndito de los terruños.

La metrópolis es esa muerte simultánea de la ciudad y del campo en la encrucijada en que convergen todas las clases medias, ese medio de la clase del medio que, de éxodo rural en «periurbanización», se estira indefinidamente. A la vitrificación del territorio mundial le sienta bien el cinismo de la arquitectura contemporánea. Un instituto, un hospital o una mediateca son otras tantas variaciones de un mismo tema: transpa-

rencia, neutralidad, uniformidad. Edificios macizos y fluidos, concebidos sin necesidad de saber lo que albergarán, y que *podrían estar aquí* como en cualquier otro lugar. ¿Qué hacer con las torres de oficinas de la Défense, la Part Dieu o Euralille?* La expresión «flamantemente nuevo» encierra en sí misma todo su destino. Después de que los insurrectos hubieran incendiado el ayuntamiento de París en mayo de 1871, un viajero escocés certifica el singular esplendor del poder en llamas: «Nunca había imaginado nada más hermoso; es soberbio. Las gentes de la Comuna son unos miserables bribones, no lo discuto, ¡pero qué artistas! ¡Y no eran conscientes de su obra! [...] He visto las ruinas de Amalfi bañadas por el azul oleaje del Mediterráneo, las ruinas de los templos de Tung-hoor en el Punyab; he visto Roma y muchas otras cosas: nada puede compararse a lo que he tenido esta noche ante los ojos».

Es cierto que, atrapados en la malla metropolitana, quedan algunos fragmentos de ciudad y algunos residuos de campo. Pero lo vivaz se ha asentado en los lugares de relegación. La paradoja quiere que los sitios aparentemente más inhabitables sean los únicos que todavía están en cierto modo habitados. Una vieja casucha ocupa-

---

* Centros de negocios de París, Lyon y Lille, respectivamente.

da siempre parecerá más poblada que esos apartamentos de lujo donde solo se pueden colocar los muebles y perfeccionar la decoración mientras llega la siguiente mudanza. Los poblados chabolistas son, en muchas megalópolis, los últimos lugares vivos, vivibles, y también —no es de extrañar— los lugares más mortíferos. Son el reverso del decorado electrónico de la metrópolis mundial. Las ciudades dormitorio de la periferia norte de París, abandonadas por una pequeña burguesía a la caza del chalé y que el paro masivo ha devuelto a la vida, ahora resplandecen con más intensidad que el Barrio Latino. Por el verbo tanto como por el fuego.

El incendio de noviembre de 2005 no nace de la extrema desposesión, como dice esa cantinela tan extendida, sino, por el contrario, de la plena posesión del territorio. Uno puede quemar coches porque se muere de aburrimiento, pero, para propagar la revuelta durante un mes y mantener en jaque a la policía de forma duradera, hay que disponer de complicidades, conocer el terreno a la perfección, compartir un lenguaje y un enemigo comunes. Ni los kilómetros ni las semanas impidieron la propagación del fuego. A las primeras llamas respondieron otras allí donde menos se las esperaba. El rumor no se puede pinchar como los teléfonos.

La metrópolis es el terreno de un incesante conflicto de baja intensidad, en el que la toma de Basora, Mogadiscio o Nablus marcan puntos culminantes. Durante mucho tiempo, la ciudad fue para los militares un lugar que había que evitar, o incluso asediar; la metrópolis, por su parte, es de todo punto compatible con la guerra. El conflicto armado no es más que un momento de su constante reconfiguración. Las batallas emprendidas por las grandes potencias se asemejan a un trabajo policial siempre por hacer en los agujeros negros de la metrópolis, «ya sea en Burkina Faso, el sur del Bronx, Kamagasaki, Chiapas o la Courneuve». Las «intervenciones» no tienen tanto como objetivo la victoria, ni siquiera restablecer el orden y la paz, como la continuación de un proyecto de securización siempre-ya en marcha. La guerra ya no es aislable en el tiempo, sino que se difracta en una serie de microoperaciones, militares y policiales, para garantizar la seguridad.

La policía y el ejército se adaptan en paralelo y paso a paso. Un criminólogo pide a los antidisturbios que se organicen en pequeñas unidades móviles y profesionales. La institución militar, cuna de los métodos disciplinarios, pone en cuestión su organización jerárquica. Un oficial de la OTAN aplica, para su batallón de granaderos, un «método participativo que implica a todo el mundo en el análisis, la preparación, la ejecución y la evaluación de una acción. El plan se discute y

se vuelve a discutir durante días a lo largo del entrenamiento y según las últimas informaciones recibidas. [...] Nada como un plan elaborado en común para aumentar tanto la adhesión como la motivación».

Las fuerzas armadas no solo se adaptan a la metrópolis; le dan forma. De ahí que los soldados israelíes se conviertan en arquitectos de interior después de la batalla de Nablus. Obligados por la guerrilla palestina a abandonar las calles, demasiado peligrosas, aprenden a avanzar vertical y horizontalmente dentro de las construcciones urbanas, derribando paredes y techos para moverse en su interior. Un oficial de las fuerzas de defensa israelíes, graduado en Filosofía, explica: «El enemigo interpreta el espacio a la manera clásica, tradicional, y yo me niego a seguir su interpretación y caer en sus trampas. [...] ¡Quiero sorprenderlo! Esa es la esencia de la guerra. Debo ganar. [...] Esa es la cosa: he elegido la metodología que me permite atravesar las paredes... Como un gusano que avanza tragándose lo que encuentra en su camino». Lo urbano es algo más que el escenario del enfrentamiento; es su medio. Esto recuerda en cierto modo a los consejos de Blanqui, en su caso al partido de la insurrección, que recomendaba a los futuros insurrectos de París ocupar las casas de las calles cortadas con barricadas para proteger sus posiciones, perforar las paredes para comunicarlas entre sí, derribar las escaleras de las plantas bajas y aguje-

rear los techos para defenderse de eventuales asaltantes, arrancar las puertas para bloquear las ventanas y hacer de cada piso un puesto de tiro.

La metrópolis no es solo ese amasijo urbanizado, esa colisión final entre la ciudad y el campo; es igualmente un flujo de seres y cosas. Una *corriente* que pasa por toda una red de fibras ópticas, de líneas de AVE, de satélites, de cámaras de videovigilancia, para que este mundo nunca deje de encaminarse a su perdición. Una corriente que querría arrastrarlo todo en su movilidad sin esperanza, que *moviliza* a todo el mundo. En la que estamos asediados por informaciones como otras tantas fuerzas hostiles. En la que no queda más que correr. En la que se vuelve difícil esperar, aunque sea la enésima línea de metro.

La multiplicación de los medios de desplazamiento y de comunicación nos arranca sin cesar del *aquí* y el *ahora* por la tentación de estar siempre en otra parte. Tomar un AVE, un cercanías o un teléfono para estar *ya allí*. Esta movilidad no implica más que desarraigo, aislamiento, exilio. Sería insoportable para cualquiera si no fuera siempre movilidad *del espacio privado*, del interior portátil. La burbuja privada no estalla; se pone a flotar. No es el fin del *cocooning*; solo su puesta en movimiento. De una estación, de un centro comercial, de un

banco de inversión, de un hotel a otro, en todas partes aparece esta extrañeza tan banal, tan conocida que hace las veces de la última familiaridad. La exuberancia de la metrópolis es esa mezcla aleatoria de ambientes definidos, susceptibles de recombinarse indefinidamente. Los centros de las ciudades se presentan, no como lugares idénticos, sino más bien como ofertas originales de ambientes, entre los cuales nos movemos, eligiendo uno, dejando otro, a merced de una especie de *shopping* existencial entre los estilos de bares, gentes y diseños, o entre las *playlists* de un iPod. «Con mi reproductor de mp3, soy dueño de mi mundo». Para sobrevivir a la uniformidad circundante, la única opción es reconstituir sin cesar el propio mundo interior, como un niño que reconstruyera por doquier siempre la misma cabaña. Como Robinson reproduciendo su universo de tendero en la isla desierta, con la diferencia de que nuestra isla desierta es la civilización misma y que somos miles de millones los que no paramos de desembarcar.

Precisamente porque es esa arquitectura de flujos, la metrópolis es una de las formaciones humanas más vulnerables que haya existido jamás. Un cierre inesperado de fronteras debido a una virulenta epidemia, cualquier tipo de carencia en un abastecimiento vital, un bloqueo organizado en los ejes de comunicación, y todo el decorado se viene abajo sin poder ocultar las escenas de matanza que la acechan a todas horas. Este

mundo no iría tan rápido si no fuera constantemente perseguido por la cercanía de su hundimiento.

Su estructura en red, toda su infraestructura tecnológica de nudos y conexiones, su arquitectura descentralizada querrían proteger a la metrópolis de sus inevitables disfunciones. Internet debe resistir a un ataque nuclear. El control permanente de los flujos debe asegurar la movilidad metropolitana, la trazabilidad, garantizar que nunca falte un palé en un almacén de mercancías, que nunca aparezca en el comercio un billete robado o un terrorista en el avión. Gracias a un chip de radiofrecuencia, un pasaporte biométrico, un registro de ADN.

Pero la metrópolis también produce los medios de su propia destrucción. Un experto en seguridad norteamericano explica la derrota en Irak por la capacidad de la guerrilla para sacar provecho de los nuevos medios de comunicación. Con su invasión, los Estados Unidos no importaron tanto la democracia como las redes cibernéticas. Traían con ellos una de las armas de su derrota. La multiplicación de los teléfonos móviles y los puntos de acceso a internet dotó a la guerrilla de medios inéditos para organizarse y volverse difícilmente atacable.

Cada red tiene sus puntos débiles, nudos que hay que deshacer para que la circulación se detenga, para que la malla implosione. La última gran avería eléctrica

europea lo dejó claro: habría bastado un incidente en la línea de alta tensión para sumir en la oscuridad a buena parte del continente. El primer gesto para que algo pueda surgir en la metrópolis, para que se abran otros posibles, es detener su *perpetuum mobile.* Así lo entendieron los rebeldes tailandeses que hicieron saltar los repetidores eléctricos. Así lo entendieron los manifestantes contra el contrato de inserción, que bloquearon las universidades para después intentar bloquear la economía. Y así lo entendieron también los estibadores norteamericanos, en huelga en octubre de 2002 para mantener trescientos puestos de trabajo, que durante diez días bloquearon los principales puertos de la costa oeste. La economía estadounidense es tan dependiente de la producción ajustada procedente de Asia que el coste del bloqueo ascendió a mil millones de euros al día. Entre diez mil, es posible hacer que se tambalee la mayor potencia económica mundial. Para algunos expertos, si el movimiento se hubiera prolongado un mes más, habríamos asistido a «una nueva recesión en Estados Unidos y a una pesadilla económica en el sudeste asiático».

QUINTO CÍRCULO
«¡MENOS BIENES Y MÁS VÍNCULOS!»

Treinta años de paro masivo, de «crisis», de crecimiento a medio gas, y todavía querrían hacernos creer en la economía. Treinta años salpicados, bien es verdad, por algunos entreactos de ilusión: el entreacto 1981-83, ilusión de que un gobierno de izquierdas podría hacer feliz al pueblo; el entreacto de los años de la pasta fácil (1986-89), en los que todos nos haríamos ricos, nos convertiríamos en hombres de negocios e inversores en bolsa; el entreacto de internet (1998-2001), en el que todos encontraríamos un empleo virtual a fuerza de permanecer conectados, en el que la Francia multicolor pero una, multicultural y cultivada, se llevaría todas las copas del mundo. Pero se acabó, hemos dilapidado todas nuestras reservas de ilusión, hemos tocado fondo, estamos pelados, por no decir al descubierto.

A la fuerza hemos comprendido lo siguiente: no es la economía lo que está en crisis, la economía es la

crisis; no es el trabajo lo que falta, sino lo que *está de más*; a la postre, no es la crisis, sino el crecimiento lo que nos deprime. Reconozcámoslo: la letanía de las cotizaciones en bolsa nos afecta más o menos lo que una misa en latín. Felizmente para nosotros, somos unos cuantos los que hemos llegado a esta conclusión. No hablamos de todos esos que viven de timos variopintos, de tráficos de toda condición o que llevan diez años cobrando la RMI. De todos aquellos que ya no consiguen identificarse con su curro y se dedican a sus *hobbies*. De todos los arrinconados, los enchufados, de todos aquellos que hacen lo mínimo y son lo máximo. De todos aquellos a los que azota ese extraño *desapego masivo*, que acentúa aún más el ejemplo de los jubilados y la cínica sobreexplotación de una mano de obra flexibilizada. No hablamos de ellos, que no obstante, de una manera u otra, deben llegar a una conclusión similar.

De lo que hablamos es de todos esos países, de esos continentes enteros que han perdido la fe económica al ver pasar arrollando los Boeing del FMI, al haber probado una pizca del Banco Mundial. Allí no hay nada de esa crisis de vocaciones que la economía sufre perezosamente en Occidente. De lo que se trata en Guinea, en Rusia, en Argentina, en Bolivia, es de un descrédito violento y duradero de esta religión, y de su clero. «¿Qué son mil economistas del FMI yaciendo en el fondo del mar? Un buen comienzo», bromean en el Banco Mun-

dial. Un chiste ruso: «Se encuentran dos economistas. Uno le pregunta al otro: "¿Tú entiendes lo que pasa?". Y el otro le responde: "Espera, que te lo explico". "No, no —replica el primero—. Explicarlo no es difícil; yo también soy economista. No, lo que te pregunto es: ¿tú lo entiendes?"». El propio clero, por bloques, finge disentir y criticar el dogma. La última corriente un poco viva de la supuesta «ciencia económica» —corriente que sin ironía se denomina «economía no autista»— ahora se empeña en desmontar las usurpaciones, los trucos de trilero, los índices adulterados de una ciencia cuya única función tangible consiste en menear el ostensorio en torno a las elucubraciones de los que dominan, envolver con algo de ceremonia sus llamamientos a la sumisión y, en último término, como siempre han hecho las religiones, proporcionar explicaciones. Porque el malestar general deja de ser soportable cuando aparece tal como es: sin causa ni razón.

El dinero ya no lo respeta nadie en ninguna parte, ni los que lo tienen ni los que carecen de él. El veinte por ciento de los jóvenes alemanes, cuando se les pregunta qué quieren ser de mayores, responden «artista». El trabajo ya no se soporta como un elemento de la condición humana. La contabilidad de las empresas revela que ya no se sabe dónde nace el valor. La mala repu-

tación del mercado habría sido su perdición de no ser por la pasión y los enormes medios de sus apologistas. Para el sentido común, el progreso se ha convertido por doquier en sinónimo de desastre. Hay fugas por todos lados en el mundo de la economía, igual que las había en la URSS en la época de Andrópov. Quien haya prestado un poco de atención a los últimos años de la URSS captará sin esfuerzo en todos los llamamientos al voluntarismo de nuestros dirigentes, en todos los arrebatos líricos sobre un futuro al que se le ha perdido la pista, en todas esas profesiones de fe en la «reforma» de esto y lo de más allá, los primeros crujidos en la estructura del Muro. El hundimiento del bloque socialista no habría consagrado el triunfo del capitalismo, sino certificado simplemente la quiebra de una de sus formas. Por otro lado, el sacrificio de la URSS no fue cosa de un pueblo en rebelión, sino de una *nomenklatura* en reconversión. Al proclamar el fin del socialismo, una fracción de la clase dirigente se liberó para empezar de todos los deberes anacrónicos que la ligaban al pueblo. Tomó el control *privado* de lo que ya controlaba, aunque en nombre de todos. «Puesto que fingen pagarnos, finjamos trabajar», se decía en las fábricas. «¡Por eso que no quede, dejemos de fingir!», respondió la oligarquía. Para unos las materias primas, las infraestructuras industriales, el complejo militar-industrial, los bancos; para los otros, las discotecas, la miseria o la emi-

gración. Del mismo modo que ya no se creía en la URSS bajo Andrópov, ya no se cree hoy en Francia en las salas de reuniones, los talleres o las oficinas. «¡Por eso que no quede!», responden patrones y gobernantes, que ya ni se toman la molestia de suavizar «las duras leyes de la economía», trasladan una fábrica de noche para de madrugada anunciarle su cierre al personal y ya no vacilan en enviar a las UIP para detener una huelga, como ocurrió en la de la SNCM* o durante la ocupación el año pasado de un centro de clasificación de residuos. Toda la mortífera actividad del poder actual consiste en, por un lado, gestionar esta ruina y, por el otro, establecer las bases de una «nueva economía».

De todos modos, ya nos habíamos acostumbrado a la economía. Durante generaciones se nos había disciplinado, pacificado, se había hecho de nosotros *sujetos*, naturalmente productivos, contentos de consumir. Y ahora va y se revela todo lo que nos habíamos esforzado en olvidar: *que la economía es una política*. Y que esta política es hoy una política de selección en el seno de una humanidad que se ha vuelto, en masa, superflua. De Colbert a De Gaulle, pasando por Napoleón III, el Estado siempre ha concebido la economía como política,

* Société Nationale Maritime Corse Méditerranée.

no menos que la burguesía, que saca provecho de ella, y los proletarios, que le hacen frente. Apenas queda ese extraño estrato intermedio de la población, ese curioso agregado sin fuerza de *quienes no toman partido*, la pequeña burguesía, que siempre ha fingido creer en la economía como una realidad porque así se preservaba su neutralidad. Pequeños comerciantes, pequeños patronos, pequeños funcionarios, ejecutivos, profesores, periodistas e intermediarios de todo pelaje, conforman en Francia esa no-clase, esa gelatina social compuesta por aquellos que simplemente querrían pasar su pequeña vida al margen de la Historia y de sus tumultos. Dicha ciénaga es por predisposición la campeona de la falsa conciencia, y está dispuesta a todo para, en su duermevela, mantener los ojos cerrados ante la guerra que causa estragos a su alrededor. Así que, en Francia, cada vez que se despeja el frente, se inventan una nueva chifladura. Durante los últimos diez años, fue ATTAC y su inverosímil tasa Tobin —cuya implantación habría exigido nada menos que la creación de un Gobierno mundial—, su apología de la «economía real» contra los mercados financieros y su conmovedora nostalgia del Estado. La comedia duró lo que duró y acabó en una sosa mascarada. Una chifladura sigue a otra, y aquí tenemos el *decrecimiento*. Si ATTAC, con sus cursos de educación popular, pretendió salvar la economía *como ciencia*, el decrecimiento, por su parte, pretende

salvarla *como moral*. Solo hay una alternativa al apocalipsis en curso: decrecer. Consumir y producir menos. Volverse alegremente frugales. Comer productos bio, ir en bicicleta, dejar de fumar y vigilar con severidad los productos que uno compra. Contentarse con lo estrictamente necesario. Sencillez voluntaria. «Descubrir de nuevo la verdadera riqueza en el florecimiento de las relaciones sociales distendidas en un mundo sano». «No recurrir a nuestro capital natural». Dirigirse hacia una «economía sana». «Evitar la regulación por el caos». «No generar una crisis social poniendo en cuestión la democracia y el humanismo». En resumen: *convertirse en ahorrador*. Retornar a la economía de papá, a la edad de oro de la pequeña burguesía: los años cincuenta. «Cuando el individuo se convierte en un buen ahorrador, su propiedad cumple su cometido a la perfección, que es permitirle disfrutar de su propia vida a salvo de la existencia pública o en el recinto privado de su vida».

Un diseñador gráfico con un jersey artesanal bebe, con unos amigos, un cóctel de frutas en la terraza de un café étnico. Son elocuentes, cordiales, bromean moderadamente, ni demasiado ruidosos ni demasiado silenciosos, se miran sonriendo, un poco pánfilos: son tan civilizados. Más tarde, unos irán a labrar la tierra de un huerto urbano mientras los otros se irán a hacer

cerámica, zen o una película de animación. Comulgan en el justo sentimiento de formar una nueva humanidad, la más sensata, la más refinada, la última. Y tienen razón. Curiosamente, Apple y el decrecimiento concuerdan en lo que atañe a la civilización del futuro. La idea de retorno a la economía de antaño de los unos es la oportuna niebla tras la que avanza la idea de gran salto hacia delante tecnológico de los otros. Pues en la Historia no existen los retornos. La exhortación a regresar al pasado jamás expresa otra cosa que una de las formas de conciencia de su tiempo, y raramente la más moderna. No es casualidad que el decrecimiento sea el estandarte de los publicitarios disidentes de la revista *Casseurs de pub*.* Los inventores del crecimiento cero —el club de Roma en 1972— también eran un grupo de industriales y de funcionarios que se basaban en un informe de los cibernéticos del MIT.

Dicha convergencia no es fortuita. Se inscribe en las marchas forzadas para encontrar un relevo a la economía. El capitalismo ha desintegrado en su provecho lo que pervivía de los vínculos sociales y ahora se lanza a una completa reconstrucción *sobre sus propias bases*. La sociabilidad metropolitana actual es su incubadora. Del mismo modo, ha arrasado los mundos naturales y se

* Algo así como «vándalos de la publi».

lanza en este momento a la absurda idea de reconstruirlos como otros tantos entornos controlados, dotados de los sensores adecuados. A esta nueva humanidad le corresponde una nueva economía, que querría ser no ya una esfera separada de la existencia, sino su tejido, que querría ser la materia de las relaciones humanas; una nueva definición del trabajo como trabajo sobre uno mismo y del Capital como capital humano; una nueva idea de la producción como producción de *bienes relacionales*, y del consumo como consumo de situaciones; y sobre todo una nueva idea del valor, que abarcaría todas las cualidades de los seres. Esta «bioeconomía» en gestación concibe el planeta como un sistema cerrado que hay que gestionar y pretende establecer las bases de una ciencia que integraría todos los parámetros de la vida. Una ciencia semejante podría hacernos añorar algún día los buenos tiempos de los índices engañosos, cuando se pretendía medir la felicidad del pueblo por el crecimiento del PIB, pero al menos nadie se lo creía.

«Revalorizar los aspectos no económicos de la vida» es un lema del decrecimiento y al mismo tiempo el programa de reformas del Capital. Pueblos ecológicos, cámaras de videovigilancia, espiritualidad, biotecnologías y buena convivencia pertenecen al mismo «paradigma civilizatorio» en formación: el de la economía total engendrada desde la base. Su matriz intelectual no es otra que la cibernética, la ciencia de

los sistemas, es decir, *de su control.* Para imponer definitivamente la economía y su ética del trabajo y de la avaricia, a lo largo del siglo XVII hubo que internar y eliminar a toda la fauna de ociosos, mendigos, brujas, locos, vividores y demás pobres sin fe ni ley, toda una humanidad que por su sola existencia desmentía el orden del interés y la continencia. La nueva economía no se impondrá sin una selección similar de sujetos y de zonas aptas para la mutación. El tan anunciado caos será la oportunidad para esa segregación, o bien nuestra victoria sobre este detestable proyecto.

SEXTO CÍRCULO
«EL MEDIOAMBIENTE ES UN DESAFÍO INDUSTRIAL»

La ecología es el descubrimiento del año. Durante treinta años se había dejado en manos de los verdes, de los que uno se reía con ganas el domingo para adoptar un aspecto preocupado el lunes. Y ahora va y nos alcanza. Invade las ondas como la canción del verano, porque resulta que estamos a veinte grados en diciembre.

Un cuarto de las especies de peces ha desaparecido de los océanos. Al resto tampoco le queda mucho tiempo.

Alerta de gripe aviar: prometen derribar en pleno vuelo a las aves migratorias por centenares de miles.

La tasa de mercurio en la leche materna es diez veces superior a la permitida en la leche de las vacas. Y estos labios que se hinchan cuando muerdo la manzana, y eso que venía del mercado. Los gestos más simples se han vuelto tóxicos. Uno muere a los treinta y

cinco años «de una larga enfermedad», que se gestiona como se gestiona todo lo demás. Deberíamos haber sacado conclusiones antes de que nos llevará hasta aquí, al pabellón B del centro de cuidados paliativos.

Reconozcámoslo: toda esta «catástrofe», en la que se insiste con tanto estrépito, no nos afecta. Al menos, no antes de que nos golpee con una de sus previsibles consecuencias. Tal vez nos concierna, pero no nos *afecta*. Y, sin embargo, la catástrofe está ahí.

No existe una «catástrofe medioambiental». Lo que existe es esa catástrofe *que es el medioambiente*. El medioambiente es lo que le queda al hombre cuando lo ha perdido todo. Quienes viven en un barrio, una calle, una cañada, una guerra o un taller no tienen «medioambiente»; se mueven en un *mundo* poblado por presencias, peligros, amigos, enemigos, puntos de vida y puntos de muerte, poblado por toda suerte de seres. Dicho mundo posee su consistencia, que varía con la intensidad y la calidad de los vínculos que nos ligan a todos esos seres, a todos esos lugares. Solo nosotros, hijos de la desposesión final, exiliados de última hora, que venimos al mundo en cubos de cemento, recolectamos la fruta en los supermercados y acechamos los ecos del mundo en la tele, *tenemos un medioambiente*. Solo nosotros podríamos asistir a nuestra propia aniquilación como si se tratara de un simple cambio de ai-

res. E indignarnos por los últimos avances del desastre y elaborar pacientemente su enciclopedia.

Lo que ha que quedado fijado en un medioambiente es una relación con el mundo basada en la *gestión*, es decir, en la extrañeza. Una relación con el mundo tal que no estamos hechos *ni* del susurro de los árboles, *ni* de los olores a fritura del edificio, *ni* del chorreo del agua, *ni* del alboroto de los patios de colegio o la humedad de las tardes de verano; una relación con el mundo tal que estamos yo y mi medioambiente, que me rodea sin constituirme jamás. Nos hemos convertido en vecinos en una reunión planetaria de copropietarios. Ya es casi imposible imaginar un infierno más completo.

Nunca ningún medio material se hizo merecedor del nombre de «medioambiente», aparte quizá de la metrópolis en la actualidad. Voz digitalizada de los anuncios, tranvía con un pitido muy siglo XXI, luz azulada de farola en forma de cerilla gigante, transeúntes caracterizados como maniquíes fallidos, rotación silenciosa de una cámara de videovigilancia, tintineo realista de los expendedores del metro, cajas del supermercado, máquinas de fichar de la oficina, ambiente electrónico del cibercafé, desenfreno de pantallas de plasma, de autovías y de látex. Nunca hubo decorado que pudiera prescindir tan bien de las almas que lo atraviesan.

Nunca ningún entorno fue tan *automático*. Nunca un contexto resultó más indiferente ni exigió para sobrevivir en él, como contrapartida, una indiferencia igual. A fin de cuentas, el *medioambiente* no es más que esto: la relación con el mundo propia de la metrópolis que se proyecta sobre todo lo que se le escapa.

La situación es la siguiente: emplearon a nuestros padres para destruir este mundo y ahora quisieran hacernos trabajar en su reconstrucción, y que esta, para colmo, resulte rentable. La mórbida excitación que actualmente anima a periodistas y publicitarios ante cada nueva prueba del calentamiento climático desvela la sonrisa de acero del nuevo capitalismo verde, ese que ya se anunciaba en los años setenta, y que esperábamos a la vuelta de la esquina pero no acababa de llegar. Pues bien, ¡ya lo tenemos aquí! La ecología ¡es él! Las soluciones alternativas, ¡también él! La salvación del planeta, ¡siempre él! Ya no queda ninguna duda: el fondo del aire es verde;* el medioambiente será el eje de la economía política del siglo XXI. A cada ola de catastrofismo le

* Referencia a la película de Chris Marker *Le fond de l'air est rouge. Scènes de la Troisième Guerre Mondiale* (*El fondo del aire es rojo. Escenas de la Tercera Guerra Mundial*, 1977).

corresponde en lo sucesivo una ráfaga de «soluciones industriales».

Edward Teller, el inventor de la bomba H, sugiere pulverizar la estratosfera con millones de toneladas de polvo métalico para detener el calentamiento climático. La NASA, frustrada por haber tenido que aparcar su gran idea del escudo antimisiles en el museo de las fantasmagorías de la Guerra Fría, promete la creación de un espejo gigante para protegernos de los ahora funestos rayos solares. Otra visión del futuro: una humanidad motorizada desplazándose de São Paulo a Estocolmo gracias al bioetanol; un sueño de cultivador de cereales de la región de Beauce que, después de todo, solo implica la conversión de todas las tierras cultivables del planeta en campos de soja y de remolacha azucarera. Coches ecológicos, energías limpias y consultoría medioambiental coexisten sin problemas con el último anuncio de Chanel en las gélidas páginas de las revistas de opinión.

El medioambiente tiene el incomparable mérito, nos dicen, de ser el primer *problema global* que se plantea la humanidad. Un *problema global*, es decir, un problema cuya solución solo puede estar en manos de quienes están organizados globalmente. Y a estos ya los conocemos. Son los grupos que desde hace casi un siglo constituyen la vanguardia del desastre y piensan seguir siéndolo, al ridículo precio de un cambio de logo. Que EDF (Électricité de France) tenga la desfacha-

tez de sacar a colación su programa nuclear como *nueva solución* a la crisis energética mundial da la medida de hasta qué punto las nuevas soluciones se parecen a los viejos problemas.

De las secretarías de Estado a las tertulias de los cafés alternativos, las preocupaciones se expresan ahora con las mismas palabras, que por lo demás son las mismas de siempre. Se trata de *movilizarse*. No por la reconstrucción, como en la posguerra, ni por los etíopes, como en los años ochenta, ni por el empleo, como en los noventa. No, esta vez es por el medioambiente, que os dice: «Vale, gracias». Al Gore, la ecología a lo Hulot y el decrecimiento se alinean junto a las eternas grandes almas de la República para representar su papel de reanimación de la pobre izquierda y el bien conocido idealismo de la juventud. Con la austeridad voluntaria como estandarte, trabajan benéficamente para que nos adaptemos al «estado de emergencia ecológico que se avecina». La masa rotunda y pringosa de su culpabilidad se abate sobre nuestras espaldas fatigadas y quisiera empujarnos a cultivar nuestro jardín, a separar nuestros residuos y a elaborar abono biológico con las sobras del macabro festín en el cual y para el cual hemos sido criados.

Gestionar la sustitución de la energía nuclear, los excedentes de CO_2 en la atmósfera, el deshielo de los polos, los huracanes, las epidemias, la sobrepoblación

mundial, la erosión de los suelos, la desaparición masiva de las especies vivas... esa sería nuestra carga. «Corresponde a cada uno cambiar su comportamiento», dicen, si queremos salvar nuestro bello modelo civilizatorio. Hay que consumir poco *para poder seguir consumiendo*. Producir productos biológicos *para poder seguir produciendo*. Hay que autoconstreñirse *para poder seguir constriñendo*. Así es como la lógica de un mundo pretende sobrevivir a sí misma dándose aires de ruptura histórica. Así es como quisieran convencernos de que participemos en los grandes desafíos industriales del siglo en curso. Aletargados como estamos, estaríamos dispuestos a arrojarnos en brazos de los mismos que han presidido el saqueo para que nos sacaran de él.

La ecología no es solo la lógica de la economía total; es también la nueva moral del Capital. El estado de crisis interna del sistema y el rigor de la selección en marcha son tales que de nuevo hace falta un criterio en nombre del cual realizar semejantes selecciones. En cualquier época, la idea de virtud jamás ha sido otra cosa que una invención del vicio. Sin la ecología, hoy no se podría justificar la existencia de dos sectores de la alimentación: una «sana y biológica», para los ricos y sus criaturas; y la otra manifiestamente tóxica, para la plebe y sus retoños condenados a la obesidad. La hi-

perburguesía planetaria no podría hacer pasar por respetable su tren de vida si sus últimos caprichos no fueran escrupulosamente «respetuosos con el medioambiente». Sin la ecología, nada tendría todavía autoridad suficiente para acallar toda objeción a los exorbitantes progresos del control.

Trazabilidad, transparencia, certificación, ecotasas, excelencia medioambiental y policía del agua permiten augurar el estado de excepción ecológica que se avecina. Todo le está permitido a un poder que se vale de la Naturaleza, de la salud y del bienestar.

«Una vez la nueva cultura económica y conductual haya penetrado en las costumbres, *sin duda* las medidas coercitivas caerán por sí solas». Hace falta todo el ridículo aplomo de un aventurero de plató de televisión para sostener una perspectiva tan heladora y pedirnos que tengamos suficiente «dolor de planeta» para movilizarnos y que, al mismo tiempo, permanezcamos lo suficientemente anestesiados para asistir a todo esto con moderación y civismo. El nuevo ascetismo bio es el *control de sí mismo* que se exige de todo el mundo para negociar la operación de salvamento al que el propio sistema se ha abocado. A partir de ahora habrá que apretarse el cinturón en nombre de la ecología, de la misma manera que ayer se hacía en nombre de la economía. Sin duda, las carreteras podrían transformarse en carriles bici; quién sabe, un día incluso podríamos

vernos recompensados con una renta garantizada en nuestras latitudes; pero todo ello sería al precio de una existencia enteramente terapéutica. Mienten quienes afirman que el autocontrol generalizado nos ahorrará tener que sufrir una dictadura medioambiental: uno le allanará el camino a la otra, y al final tendremos los dos.

Mientras existan el Hombre y el Medio Ambiente, la policía estará entre ambos.

Hay que darle la vuelta a todo en los discursos ecologistas. Donde hablan de «catástrofes» para designar los patinazos del actual régimen de gestión de los seres y las cosas, nosotros no vemos sino la catástrofe de su tan perfecto funcionamiento. La mayor hambruna conocida hasta ahora en la zona tropical (1876-1879) coincide con una sequía mundial, pero sobre todo con el apogeo de la colonización. La destrucción de los mundos campesinos y de las prácticas de subsistencia había hecho desaparecer los medios de hacer frente a la penuria. Más que la falta de agua, fueron los efectos de la economía colonial en plena expansión los que cubrieron con millones de cadáveres descarnados toda la faja tropical. Lo que por doquier se presenta como catástrofe ecológica nunca ha dejado de ser, en primer lugar, la manifestación de una relación desastrosa con el mundo. El hecho de no habitar nada nos hace vulnerables ante

el menor bache del sistema o la menor vicisitud climática. Mientras que, al acercarse el último tsunami, los turistas siguen retozando entre las olas, los cazadores-recolectores de las islas se apresuran a huir de las costas siguiendo el ejemplo de los pájaros. La actual paradoja de la ecología está en que, con el pretexto de salvar la Tierra, en realidad no salva más que el fundamento de lo que la ha convertido en este astro desolado.

La regularidad del funcionamiento mundial oculta normalmente nuestro estado de desposesión propiamente catastrófico. Lo que se llama «catástrofe» no es más que la suspensión forzosa de dicho estado, uno de esos raros momentos en los que recuperamos cierta presencia en el mundo. ¡Que se acaben antes de lo previsto las reservas de petróleo, que se interrumpan los flujos internacionales que mantienen el ritmo de la metrópolis, que nos encaminemos hacia grandes desajustes sociales, que se produzca el «ensalvajamiento de las poblaciones», la «amenaza planetaria», el «fin de la civilización»! Cualquier pérdida de control es preferible a todos los escenarios de gestión de la crisis. Por consiguiente, no hay que buscar los mejores consejos entre los especialistas en desarrollo sostenible. Es en las disfunciones, en los cortocircuitos del sistema donde aparecen los elementos de respuesta lógicos a lo que podría cesar de ser un problema. Entre los firmantes del Protocolo de Kioto, los únicos países que

hasta el día de hoy han cumplido sus compromisos son, muy a su pesar, Ucrania y Rumanía. Adivinad por qué. La experimentación más avanzada en materia de agricultura «biológica» se realiza desde 1989 en la isla de Cuba. Adivinad por qué. Es a lo largo de las pistas africanas, y no en otro lugar, donde la mecánica del automóvil se ha elevado a la categoría de arte popular. Adivinad cómo.

Lo que hace deseable la crisis es que en ella el medioambiente deja de ser medioambiente. Nos vemos abocados a restablecer el contacto, aunque resulte fatal, con lo que está ahí, a redescubrir los ritmos de la realidad. Lo que nos rodea ya no es paisaje, panorama, teatro, sino lo que nos es dado habitar, aquello con lo que debemos transigir y de lo que podemos aprender. No nos dejaremos robar los posibles contenidos de la «catástrofe» por aquellos que la han causado. Cuando los gestores se interrogan platónicamente sobre cómo invertir la tendencia «sin mandarlo todo al garete», nosotros no vemos más opción realista que «mandarlo todo al garete» cuanto antes y, mientras tanto, aprovechar cada derrumbe del sistema para ganar fuerzas.

Nueva Orleans, algunos días después del paso del huracán Katrina. Bajo esta atmósfera apocalíptica, aquí y allá, una vida se reorganiza. Ante la inacción de los

poderes públicos, más ocupados en limpiar las zonas turísticas del barrio francés y en proteger las tiendas que en socorrer a los habitantes pobres de la ciudad, renacen formas olvidadas. A pesar de las tentativas, a veces enérgicas, de evacuar la zona, a pesar de la veda de «caza del negro» levantada para la ocasión por las milicias supremacistas, muchos no han querido abandonar el territorio. Para los que se han negado a ser deportados como «refugiados medioambientales» a todos los rincones del país y para los que, de todas partes, han decidido unírseles por solidaridad, respondiendo al llamamiento de un antiguo Black Panther, resurge la evidencia de la autoorganización. En el espacio de pocas semanas se pone en pie la *Common Ground Clinic.* Este auténtico hospital de campaña dispensa desde los primeros días cuidados gratuitos y cada vez más eficaces gracias a la incesante afluencia de voluntarios. Desde hace ahora un año, la clínica es el eje de una resistencia cotidiana frente a la operación de *tabula rasa* llevada a cabo por las apisonadoras del gobierno para convertir esta zona de la ciudad en pasto para promotores. Cocinas populares, avituallamiento, medicina de calle, requisas salvajes, construcción de viviendas de emergencia: todo un saber práctico acumulado por unos y otros a lo largo de la vida ha encontrado aquí espacio para desplegarse. Lejos de los uniformes y de las sirenas.

Quien haya conocido la alegría indigente de esos barrios de Nueva Orleans antes de la catástrofe, el desafío al Estado que ya reinaba en ellos y la práctica masiva del apaño que allí dominaba, no se sorprenderá de que todo esto haya sido posible. Quien, al contrario, se encuentre atrapado en la cotidianeidad anémica y atomizada de nuestros desiertos residenciales podrá dudar de que allí se dé semejante determinación. Recuperar esos gestos enterrados bajo años de vida normalizada es, sin embargo, la única vía practicable para no hundirse con este mundo. Y que llegue un tiempo del que nos quedemos prendados.

SÉPTIMO CÍRCULO
«AQUÍ SE ESTÁ CONSTRUYENDO UN ESPACIO CIVILIZADO»

La primera carnicería mundial, que de 1914 a 1918 permitió deshacerse de golpe de gran parte del proletariado del campo y de las ciudades, se llevó a cabo en nombre de la libertad, la democracia y la civilización. En apariencia, son los mismos valores en nombre de los cuales desde hace cinco años se libra, entre asesinatos selectivos y operaciones especiales, la famosa «guerra contra el terrorismo». El paralelismo acaba ahí: en las apariencias. La civilización ya no es esa evidencia que se transporta hasta los pueblos indígenas como quien no quiere la cosa. La libertad ya no es ese nombre que se escribe en las paredes, ahora que va seguida como por su sombra por la palabra «seguridad». Y es de todos sabido que la democracia es soluble en las más puras legislaciones de excepción; por ejemplo, en el resta-

blecimiento oficial de la tortura en los Estados Unidos o en la ley Perben II en Francia.

En un siglo, la libertad, la democracia y la civilización han quedado reducidas al estado de hipótesis. Desde ahora, todo el trabajo de los dirigentes consiste en establecer las condiciones materiales y morales, simbólicas y sociales, en las que tales hipótesis son más o menos validadas, en configurar los espacios en las que parecen funcionar. Para tal fin todos los medios son buenos, incluidos los menos democráticos, los menos civilizados, los más securitarios. Y es que en un siglo la democracia ha presidido regularmente el alumbramiento de regímenes fascistas; que civilización no ha dejado de rimar, con música de Wagner o de Iron Maiden, con exterminación; y que la libertad adoptó un día de 1929 la doble faz de un banquero que se defenestra y de una familia de obreros que muere de hambre. Desde entonces —pongamos, desde 1945— se ha convenido que la manipulación de masas, la actividad de los servicios secretos, la restricción de las libertades públicas y la completa soberanía de las diferentes policías se contaban entre los medios adecuados para garantizar la democracia, la libertad y la civilización. En la última fase de esta evolución, tenemos al primer alcalde socialista de París, que da un último toque a la pacificación urbana, a la ordenación policial de un barrio popular, y se explica en términos cuidadosamente medidos:

«Aquí se está construyendo un espacio civilizado». Nada se puede replicar a esto; hay que destruirlo todo.

Bajo su apariencia de generalidad, la cuestión de la civilización no tiene nada de cuestión filosófica. Una civilización no es una abstracción que domine la vida. Es sobre todo lo que rige, invade y coloniza la existencia más cotidiana, más personal. Es lo que mantiene juntas la dimensión más íntima y la más general. En Francia, la civilización es inseparable del Estado. Cuanto más fuerte y antiguo es un Estado, menos se trata de una superestructura, del exoesqueleto de la sociedad, y más es de hecho la forma de las subjetividades que lo pueblan. El Estado francés es la trama misma de las subjetividades francesas, el aspecto que ha tomado la multisecular castración de sus súbditos. No nos extrañe después que tantas personas deliren con figuras políticas en los hospitales psiquiátricos, que coincidamos en ver en nuestros dirigentes el origen de todos nuestros males o que nos complazcamos en quejarnos contra ellos, ni que esta forma de queja sea la aclamación con que los entronizamos como nuestros amos. Porque aquí uno no se preocupa de la política como de una realidad ajena, sino como de una parte de sí mismo. La vida que conferimos a dichas figuras es esa misma que nos ha sido arrebatada.

Si hay una excepción francesa, deriva de ahí. Hasta la proyección mundial de la literatura francesa es fruto de esa amputación. La literatura es, en Francia, el espacio que soberanamente se ha otorgado al divertimento de los castrados. Es la libertad formal que se concede a aquellos que no se adaptan a la nada de su libertad real. De ahí esas miraditas obscenas que, desde hace siglos, se lanzan en este país hombres de Estado y hombres de letras, mientras con sumo gusto se toman prestado el traje los unos a los otros, y recíprocamente. De ahí también que los intelectuales tengan por costumbre hablar tan alto cuando están tan bajo y fallar siempre en el momento decisivo, el único que habría dado un sentido a su existencia, pero que al mismo tiempo los habría desterrado de su profesión.

Es una tesis defendida y defendible que la literatura moderna nace con Baudelaire, Heine y Flaubert, como consecuencia de la masacre de Estado de junio de 1848. En la sangre de los insurgentes parisinos y contra el silencio que rodea a la matanza, nacen las formas literarias modernas: *spleen*, ambivalencia, fetichismo de la forma e indiferencia mórbida. La afección neurótica que los franceses profesan a su República —esa en nombre de la cual todo atropello adquiere su dignidad y cualquier canallada su carta de nobleza— prolonga en cada momento la inhibición de los sacrificios fundadores. Las jornadas de junio de 1848

—mil quinientos muertos durante los combates, aunque millares de ejecuciones sumarias de prisioneros, y la Asamblea que acoge la rendición de la última barricada al grito de «¡Viva la República!»— y la Semana Sangrienta son manchas de nacimiento que ninguna cirugía tiene la habilidad de borrar.

Kojève escribía en 1945: «El ideal político "oficial" de Francia y de los franceses sigue siendo todavía hoy el Estado-nación, la "República una e indivisible". Por otro lado, en lo más hondo de su alma, el país se da cuenta de la insuficiencia de este ideal, del anacronismo político de la idea estrictamente "nacional". Sin duda, dicho sentimiento aún no ha alcanzado el nivel de una idea clara y distinta: el país no puede, ni quiere, formularlo todavía abiertamente. Además, en razón del esplendor sin igual de su pasado *nacional*, para Francia resulta particularmente difícil reconocer con claridad y aceptar francamente el hecho del fin del periodo "nacional" de la Historia y extraer de él todas las consecuencias. Es duro, para un país que ha creado de arriba abajo el armazón ideológico del nacionalismo y que lo ha exportado al mundo entero, reconocer que a partir de ahora no se trata más que de un objeto que hay que clasificar en los archivos históricos».

La cuestión del Estado-nación y de su duelo constituye el núcleo de lo que, desde hace más de medio siglo, habría que denominar el *malestar francés*. Educadamente, se llama «alternancia» a esa moratoria paralizada, a esa forma de pasar pendularmente de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda, del mismo modo que la fase maniaca sigue a la fase depresiva y una prepara a la otra; del mismo modo que en Francia cohabitan la crítica más elocuente del individualismo y el cinismo más feroz; la mayor generosidad y el pánico a las multitudes. Desde 1945, dicho malestar, que solo pareció disiparse gracias a mayo del 68 y su fervor insurreccional, no ha cesado de intensificarse. La era de los Estados, las naciones y las repúblicas llega a su fin; el país que le había sacrificado todo lo que contenía de vivaz está aturdido. Por la deflagración que provocó la simple frase de Jospin «el Estado no lo puede todo», se puede adivinar la que tarde o temprano producirá la revelación de que ya no puede nada. Esta sensación de haber sido estafados no cesa de crecer y de gangrenarse. Funda esa rabia latente que emerge por cualquier motivo. El duelo que no se hizo por la era de las naciones es la clave del anacronismo francés y de las posibilidades revolucionarias que tiene en reserva.

Sea cual sea el resultado, el papel de las próximas elecciones presidenciales es señalar el fin de las ilusiones francesas, hacer que estalle la burbuja en la que

vivimos y que hace posibles *acontecimientos* como el movimiento contra el CPE, que se escudriña desde el extranjero como una pesadilla escapada de los años setenta. Por eso, nadie quiere en el fondo estas elecciones. No cabe duda de que Francia es el farolillo *rojo* de la zona occidental.

Occidente es hoy un GI que arremete contra Faluya a bordo de un carro Abaham M1 mientras escucha rock duro a todo trapo. Es un turista perdido en medio de las llanuras de Mongolia, la burla de todo el mundo, que se aferra a su tarjeta de crédito como única tabla de salvación. Es un mánager que no se quita de la boca el juego del go. Es una jovencita que busca su felicidad entre los trapos, los tíos y las cremas hidratantes. Es un militante suizo por los derechos humanos que se recorre todos los rincones del planeta, solidario con todas las revueltas siempre y cuando acaben en derrota. Es un español al que se la trae bastante floja la libertad política desde que se le garantiza la libertad sexual. Es un aficionado al arte que ofrece a un público pasmado de admiración, y como última expresión del genio moderno, un siglo de artistas que, del surrealismo al accionismo vienés, rivalizan por el escupitajo más certero arrojado a la cara de la civilización. Es, en último término, un cibernético que ha encontrado en el bu-

dismo una teoría realista de la conciencia y un físico de partículas que ha ido a buscar en la metafísica hinduista la inspiración para sus últimos hallazgos.

Occidente es esa civilización que ha sobrevivido a todas las profecías sobre su hundimiento gracias a una singular estratagema. De la misma manera que la burguesía tuvo que negarse *en cuanto clase* para permitir el aburguesamiento de la sociedad, desde el obrero hasta el barón; de la misma manera que el capital tuvo que sacrificarse *en cuanto relación salarial* para imponerse como relación social, convirtiéndose así tanto en capital cultural y capital salud como en capital financiero; de la misma manera que el cristianismo tuvo que sacrificarse en cuanto religión para sobrevivir como estructura afectiva, como conminación difusa a la humildad, a la compasión y a la impotencia, *Occidente se ha sacrificado como civilización particular para imponerse como cultura universal.* La operación se resume del siguiente modo: una entidad agonizante se sacrifica como contenido para sobrevivir en cuanto forma.

El individuo hecho añicos se salva en cuanto forma gracias a las tecnologías «espirituales» del *coaching*. El patriarcado, cargando a las mujeres con todos los penosos atributos del macho: voluntad, control de sí mismo, insensibilidad. La sociedad desintegrada, propagando una epidemia de sociabilidad y de entretenimiento. Todas las grandes ficciones caducas de Occidente se

mantienen así mediante artificios que las desmienten punto por punto.

No hay «choque de civilizaciones». Lo que hay es una civilización en estado de muerte clínica, sobre la que se despliega todo un equipo de supervivencia artificial, y que esparce por la atmosfera planetaria una pestilencia característica. Llegados a este punto, no hay ni uno solo de sus «valores» en los que todavía consiga creer de un modo u otro, y toda afirmación le produce la sensación de un acto impúdico, de una provocación que conviene diseccionar, *deconstruir* y restablecer al estado de duda. El imperialismo occidental es hoy el imperialismo del relativismo, del es tu «punto de vista»; es la miradita de soslayo o la protesta ofendida contra todo aquel que es todavía lo bastante idiota, lo bastante primitivo o lo bastante engreído para seguir creyendo en algo, para afirmar lo que sea. Es ese dogmatismo del cuestionamiento que cuenta con el asentimiento cómplice de toda la *intelligentsia* universitaria y literaria. Ninguna crítica es demasiado radical para las inteligencias posmodernistas mientras se envuelva en un vacío de certidumbre. Hace un siglo, el escándalo residía en toda negación un poco escandalosa; hoy reside en cualquier afirmación que no tiemble.

Ningún orden social puede basarse a la larga en el principio de que nada es verdad. Por eso, hay que *sostenerlo*. La aplicación a cualquier cosa, en nuestros días, del concepto de «seguridad» pone de manifiesto el proyecto de integrar a los propios seres, las conductas y los lugares en el orden ideal al que ya no están dispuestos a someterse. «Nada es verdad» no dice nada del mundo, pero lo dice todo del concepto occidental de verdad. La verdad no se concibe aquí como un atributo de los seres o de las cosas, sino de su representación. Se tiene por verdadera una representación conforme con la experiencia. La ciencia es, en última instancia, ese imperio de la verificación universal. Ahora bien, todas las conductas humanas, de las más ordinarias a las más eruditas, reposan sobre un zócalo de evidencias desigualmente formuladas; todas las prácticas parten de un punto en el que cosas y representaciones están indistintamente ligadas; en toda vida entra una dosis de verdad que el concepto occidental ignora. Cuando se habla, en este caso, de «gente de verdad», se hace indefectiblemente para burlarse de los pobres de espíritu. De ahí que los occidentales sean considerados mentirosos e hipócritas por aquellos a los que han colonizado. De ahí que se envidie lo que *tienen*, sus avances tecnológicos, nunca lo que *son*, que se desprecia con todo el derecho. No se podría enseñar a Sade, Nietzsche y

Artaud en los institutos si no se hubiera desacreditado de antemano esa noción de verdad. Limitar incansablemente todas las afirmaciones, desactivar paso a paso todas las certezas que fatalmente salen a la luz, tal es el largo trabajo de la inteligencia occidental. La policía y la filosofía son dos medios convergentes, aunque formalmente distintos, para alcanzar el mismo fin.

Por supuesto, el imperialismo de lo relativo encuentra en cualquier dogmatismo vacío, en cualquier marxismo-leninismo, en cualquier salafismo, en cualquier neonazismo, un adversario a su medida: alguien que, como los occidentales, confunde afirmación y provocación.

En estos momentos, una contestación estrictamente social, que se niegue a ver que aquello a lo que nos enfrentamos no es la crisis de la sociedad, sino la extinción de una civilización, se vuelve por tanto cómplice de su perpetuación. Ahora es incluso una estrategia habitual criticar esta sociedad con la vana esperanza de salvar esta civilización.

Eso es. Cargamos con un cadáver a las espaldas, pero uno no se libra de él así como así. No hay nada que

esperar del fin de la civilización, de su muerte clínica. Como tal, no puede interesar más que a los historiadores. Es un *hecho*, y hay que hacer de ello una *decisión*. Los hechos se pueden escamotear, la decisión es política. Decidir la muerte de la civilización, tomar las riendas de *cómo* se va a producir: solo la decisión nos quitará el cadáver de encima.

¡EN MARCHA!

Ni siquiera vemos ya por dónde comienza una insurrección. Sesenta años de pacificación, de suspensión de las conmociones históricas, sesenta años de anestesia democrática y de gestión de los acontecimientos han debilitado en nosotros una cierta percepción abrupta de lo real, el sentido partisano de la guerra en curso. Es esta percepción la que hay que recuperar, para empezar.

No hay que *indignarse* porque desde hace cinco años se aplique una ley, a todas luces anticonstitucional, como la Ley de Seguridad Cotidiana.* De nada sirve protestar contra la implosión consumada del marco legal. Hay que organizarse en consecuencia.

No hay que *comprometerse* con tal o cual colectivo ciudadano, con tal o cual callejón sin salida de extrema

* Aprobada tras el 11 S.

izquierda, o con la última impostura asociativa. Todas las organizaciones que pretenden cuestionar el orden actual poseen, aunque de manera más endeble, la forma, las maneras y el lenguaje de Estados en miniatura. Todos los caprichos de «hacer política de otro modo» no han contribuido hasta hoy más que a la expansión indefinida de los seudópodos estatales.

Ya no hay que *reaccionar* a las noticias del día, sino comprender cada información como una operación en un campo hostil de estrategias que hay que descifrar, una operación que precisamente persigue provocar en este o aquel tal o cual tipo de reacción; y considerar dicha operación como la verdadera información contenida en la información aparente.

Ya no hay que *esperar* —una tregua, la revolución, el apocalipsis nuclear o un movimiento social—. Seguir esperando es una locura. La catástrofe no es lo que viene, sino lo que hay. Desde ya nos situamos *en* el movimiento de hundimiento de una civilización. Ahí es donde hay que tomar partido.

No esperar más es entrar, de una forma u otra, en la lógica insurreccional. Es volver a escuchar en la voz de nuestros gobernantes el ligero temblor de terror que no los abandona jamás. Pues gobernar no ha sido nunca otra cosa que posponer, mediante mil subterfugios, el momento en que la multitud os colgará, y todo acto de gobierno nada más que una forma de no perder el control de la población.

Partimos de un punto de aislamiento extremo, de extrema impotencia. Todo está por construir en un proceso insurreccional. Nada parece menos probable que una insurrección, pero nada es más necesario.

ENCONTRARSE

Aferrarse a lo que se siente como verdadero.
Partir de ahí

Un encuentro, un descubrimiento, un amplio movimiento de huelga, un temblor de tierra: todo acontecimiento produce verdad, alterando nuestra forma de estar en el mundo. Inversamente, una constatación que nos es indiferente, que nos deja inalterados, que no compromete a nada, todavía no merece el nombre de verdad. Hay una verdad subyacente en cada gesto, en cada práctica, en cada relación, en cada situación. Lo acostumbrado es eludir, *gestionar* lo que en nuestra época provoca el extravío característico de la gran mayoría. De hecho, todo compromete a todo. La sensación de vivir en la mentira es también una verdad. Se trata de abandonarla, e incluso de partir de ahí. Una verdad no es una visión del mundo, sino lo que nos mantiene ligados a él de forma irreductible. Una verdad no

es algo que uno posee, sino algo que nos sostiene. Me hace y me deshace, me constituye y me destituye como individuo, me aleja de muchos y me emparenta con los que la sienten. El ser aislado que se aferra a ella encuentra fatalmente a algunos de sus semejantes. De hecho, todo proceso insurreccional parte de una verdad sobre la que no se cede. En la década de los ochenta, se vio en Hamburgo a un puñado de habitantes de una casa ocupada que decidieron que, en adelante, tendrían que pasar por encima de sus cadáveres para desalojarlos. El barrio fue sitiado por tanques y helicópteros, se sucedieron días enteros de batallas callejeras y manifestaciones gigantescas, y al final el ayuntamiento capituló. Georges Guingouin, el «primer maquis francés», no tuvo en 1940 otro punto de partida que la certeza de su rechazo a la ocupación. Para el Partido Comunista no era entonces más que un «loco que vivía en los bosques»; hasta que fueron veinte mil los locos viviendo en los bosques, y liberaron Limoges.

No retroceder ante lo que toda amistad conlleva de política

Se nos ha inculcado una idea neutra de la amistad, como puro afecto sin consecuencias. Pero toda afinidad es afinidad *en* una verdad común. Todo encuentro

es encuentro *en* una afirmación común, aunque sea la de la destrucción. Uno no se vincula inocentemente a alguien en una época en la que agarrarse a algo y obstinarse en ello lleva normalmente al paro, una época en la que hay que mentir para trabajar y después trabajar para conservar los recursos de la mentira. Unos seres que, partiendo de la física cuántica, se prometiesen extraer de ella todas las consecuencias en todos los ámbitos no se vincularían de forma menos política que unos camaradas que emprenden una lucha contra una multinacional del sector agroalimentario. Tarde o temprano, se verían arrastrados a la deserción, y al combate.

Los iniciadores del movimiento obrero tenían el taller, y luego la fábrica, para encontrarse. Tenían la huelga para contarse y para desenmascarar a los esquiroles. Tenían la relación salarial, que enfrenta al partido del Capital y al partido del Trabajo para trazar solidaridades y frentes a escala mundial. Nosotros tenemos la totalidad del espacio social para encontrarnos. Tenemos las conductas cotidianas de insumisión para contarnos y desenmascarar a los esquiroles. Tenemos la hostilidad contra esta civilización para trazar solidaridades y frentes a escala mundial.

No esperar nada de las organizaciones.
Desconfiar de todos los círculos existentes,
y, para empezar, de convertirse en uno de ellos.

No es raro que, durante una desafiliación consecuente, uno se cruce con las organizaciones —políticas, sindicales, humanitarias, asociativas, etc.—. Ocurre incluso que uno se cruza en ellas con algunos seres sinceros pero desesperados, o entusiastas pero marrulleros. El atractivo de las organizaciones reside en su aparente consistencia: tienen una historia, una sede, un nombre, recursos, un jefe, una estrategia y un discurso. No por ello dejan de ser arquitecturas vacías, que se afanan por llenar con el respeto debido a sus heroicos orígenes. En cualquier cuestión y en cualquiera de sus escalafones, es de su supervivencia de lo que se ocupan en primer lugar, y de nada más. Así, sus reiteradas traiciones les privan muy a menudo de la adhesión de su propia base. Y por eso a veces uno encuentra en ellas a algunos seres estimables. Pero la promesa que encierra el encuentro solo podrá hacerse realidad fuera de la organización, y necesariamente contra ella.

Mucho más temibles son los *círculos,* con su textura flexible, sus chismorreos y sus jerarquías informales. Hay que huir de todos los círculos. Todos ellos están como predispuestos a la neutralización de una verdad. Los círculos literarios están ahí para acallar la eviden-

cia de los escritos. Los círculos libertarios, para acallar la evidencia de la acción directa. Los círculos científicos, para reprimir lo que sus investigaciones implican ya hoy para la gran mayoría. Los círculos deportivos, para controlar en sus gimnasios las diferentes formas de vida que deberían engendrar las diferentes formas de deporte. Hay que huir muy especialmente de los círculos culturales y de los círculos militantes. Son los morideros a los que tradicionalmente van a parar los deseos de revolución. La tarea de los círculos culturales consiste en identificar las intensidades nacientes y en sustraeros, exponiéndolo, el sentido de lo que hacéis; la tarea de los círculos militantes, en arrebataros la energía para hacerlo. Los círculos militantes despliegan su red difusa sobre la totalidad del territorio francés, se cruzan en el camino de todo devenir revolucionario. No son portadores más que de sus muchos fracasos, y de la amargura que les generan. Su desgaste, tanto como el exceso de su impotencia, los ha vuelto incapaces de comprender las posibilidades del presente. Por lo demás, en ellos se habla más de la cuenta para amueblar una pasividad desgraciada, y esto los vuelve, policialmente, poco seguros. Puesto que es vano esperar algo de ellos, resulta estúpido decepcionarse por su esclerosis. Basta con dejar que la diñen.

Todos los círculos son contrarrevolucionarios, porque su única ocupación es preservar su maldita comodidad.

Constituirse en comunas

La comuna es lo que pasa cuando unos seres se encuentran, congenian y deciden caminar juntos. La comuna es tal vez lo que se decide en el momento en el que lo acostumbrado sería separarse. Es la alegría del encuentro que sobrevive a la asfixia de rigor. Es lo que hace que se diga «nosotros», y es un acontecimiento. Lo extraño no es que unos seres que concuerdan formen una comuna, sino que permanezcan separados. ¿Por qué las comunas no habrían de multiplicarse hasta el infinito? En cada fábrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Al fin el reino de los comités de base! Pero comunas que aceptarían ser lo que son allí donde están. Y de ser posible, una multiplicidad de comunas que substituirían a las instituciones de la sociedad: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etc. Comunas que, al margen de sus actividades propiamente políticas, no temerían organizarse para garantizar la supervivencia material y moral de cada uno de sus miembros y de todos los tirados de alrededor. Comunas que no se definirían —como hacen por lo general los colectivos— por un adentro y un afuera, sino por la densidad de los vínculos en su seno. No por las personas que las compongan, sino por el espíritu que las anime.

Una comuna se forma cada vez que algunos, liberados de su camisa de fuerza individual, empiezan a contar solo con ellos mismos y a medir sus fuerzas con la realidad. Toda huelga salvaje es una comuna, toda casa ocupada colectivamente sobre unas bases claras es una comuna, los comités de acción del 68 eran comunas, como lo eran los pueblos de esclavos cimarrones en los Estados Unidos o Radio Alice, en Bolonia, en 1977. Toda comuna quiere ser su propia base. Quiere disolver la cuestión de las necesidades. Quiere romper toda sujeción política al mismo tiempo que toda dependencia económica, y degenera en círculo en cuanto pierde el contacto con las verdades que la fundan. Hay todo tipo de comunas, que no esperan contar con el número suficiente ni con los medios necesarios, y mucho menos ese «buen momento» que no llega jamás, para organizarse.

ORGANIZARSE

Organizarse para no tener que trabajar más

Los chollos escasean y, a decir verdad, muy a menudo suponen perder demasiado tiempo y encima seguir aburriéndose. Además, se distinguen por sus pésimas condiciones de siesta y de lectura.

Es sabido que el individuo existe tan poco que debe *ganarse la vida*, que debe intercambiar su tiempo por un poco de existencia social. Tiempo personal por existencia social: eso es el trabajo, eso es el mercado. El tiempo de la comuna escapa de entrada al trabajo, no le sigue el juego, prefiere otros. Grupos de piqueteros argentinos obtienen colectivamente una especie de RMI local a cambio de unas pocas horas de trabajo; no cumplen esas horas, ponen en común sus ganancias y se dotan de talleres de confección, de una panadería, y ponen en marcha los huertos que necesitan.

Hay que salir a buscar dinero para la comuna, en modo alguno para ganarse la vida. Todas las comunas tienen sus fondos reservados. Las artimañas son múltiples. Aparte de la RMI, están los subsidios, las bajas por enfermedad, las becas de estudios simultáneas, las ayudas percibidas por partos ficticios, todos los tráficos imaginables, y tantos otros medios que nacen con cada mutación del control. No nos corresponde a nosotros defenderlos, ni instalarnos en tales refugios improvisados o preservarlos como un privilegio de iniciados. Lo que es importante cultivar, difundir, es esa necesaria predisposición al fraude, y compartir sus innovaciones. Para las comunas, la cuestión del trabajo solo se plantea en función del resto de ingresos existentes. Tampoco hay que despreciar todos esos conocimientos útiles que procura el paso por ciertos oficios, cursos o empleos.

La exigencia de la comuna es liberar el mayor tiempo posible para todos. Una exigencia que no se computa solo, ni esencialmente, en *número de horas* vírgenes de toda explotación salarial. El tiempo liberado no nos da vacaciones. El tiempo vacante, el tiempo muerto, el tiempo del vacío y del miedo al vacío es el tiempo del trabajo. En adelante, ya no habrá un tiempo que *llenar*, sino una liberación de energía que ningún «tiempo» limite; líneas que se perfilan, que se destacan, que po-

demos seguir a nuestro antojo, hasta el final, hasta verlas cruzarse con otras.

Saquear, cultivar, fabricar

Extrabajadores de Metaleurop se hacen atracadores antes que carceleros. Empleados de EDF enseñan a sus allegados a trucar los contadores de la luz. El material «caído del camión» se revende a diestro y siniestro. Un mundo que se proclama tan abiertamente cínico no podía esperar mucha lealtad por parte de los proletarios.

Por un lado, una comuna no puede contar con la eternidad del «Estado providencia» y, por otro, no puede pensar que vivirá mucho tiempo del robo en las tiendas, la recuperación de las basuras de los supermercados, la visitas con nocturnidad a los almacenes de las zonas industriales, la malversación de subvenciones, las estafas a los seguros u otros fraudes; en resumen: del pillaje. Debe preocuparse, pues, de incrementar permanentemente el nivel y la amplitud de su autoorganización. Sería lo más lógico que los tornos, las fresadoras y las fotocopiadoras vendidos a precio de saldo tras el cierre de una fábrica sirvieran a su vez para apoyar alguna conspiración contra la sociedad de mercado.

En nuestros días, la sensación de la inminencia del hundimiento está tan viva por todos lados que cuesta

enumerar todos los experimentos que se llevan a cabo en materia de construcción, energía, materiales, ilegalismo o agricultura. Hay aquí todo un conjunto de saberes y de técnicas que solo espera ser saqueado y arrancado de su embalaje moralista, quinqui o ecologista. Pero dicho conjunto no deja de ser una parte de todas las intuiciones, de todas las habilidades, de ese ingenio propio de los poblados chabolistas que tendremos que desplegar si queremos repoblar el desierto metropolitano y garantizar a medio plazo la viabilidad de una insurrección.

¿Cómo comunicarse y moverse en una interrupción total de los flujos? ¿Cómo restaurar los cultivos alimentarios en las zonas rurales hasta que de nuevo sean capaces de soportar las densidades de población que tenían hace ahora sesenta años? ¿Cómo transformar espacios asfaltados en huertos urbanos, como hizo Cuba para poder hacer frente al embargo estadounidense y la liquidación de la URSS?

Formar y formarse

¿Qué nos queda a nosotros, que tanto hemos abusado de las formas de ocio permitidas por la democracia de mercado? ¿Qué pudo empujarnos un día a salir a hacer *footing* los domingos por la mañana? ¿Qué hace perse-

verar a todos esos fanáticos del kárate y a esos locos del bricolaje, la pesca o la micología? ¿Qué, sino la necesidad de llenar una completa desocupación, de reconstituir su fuerza de trabajo o su «capital de salud»? La mayoría de las formas de ocio podrían ser despojadas fácilmente de su carácter absurdo y convertirse en algo diferente al ocio. El boxeo no siempre se ha limitado a las demostraciones en un telemaratón o a los combates épicos. La China de comienzos del siglo xx, despedazada por las hordas de colonos y condenada al hambre por sequías demasiado largas, vio cómo centenares de miles de campesinos pobres se organizaban en torno a innumerables clubes de boxeo para recuperar de los ricos y los colonos todo lo que les habían expoliado. Eso fue la rebelión de los bóxers. Nunca será demasiado pronto para aprender y practicar lo que tiempos menos pacificados, menos previsibles, requerirán de nosotros. Nuestra dependencia de la metrópolis —de su medicina, su agricultura, su policía— es tal en el presente que no podemos atacarla sin ponernos en peligro a nosotros mismos. Es la conciencia tácita de esta vulnerabilidad la que produce la autolimitación espontánea de los movimientos sociales actuales, la que hace que se teman las crisis y se desee la «seguridad». Por ella, las huelgas han canjeado el horizonte de la revolución por el del retorno a la normalidad. Desprenderse de esta fatalidad exige un largo y consistente proceso de

aprendizaje, de experimentaciones múltiples y masivas. Se trata de saber pelear, forzar una cerradura, curar las fracturas tanto como las anginas, construir una emisora de radio pirata, montar comedores callejeros, apuntar bien, pero también reunir los saberes dispersos y constituir una agronomía de guerra, comprender la biología del plancton, la composición de los suelos, estudiar las asociaciones de plantas, y de este modo recobrar las intuiciones perdidas, todos los usos, todos los vínculos posibles con nuestro entorno inmediato y los límites más allá de los cuales lo agotamos; y esto desde hoy mismo y con vistas a los días en que necesitaremos obtener de ahí algo más que una parte simbólica de nuestro alimento y nuestros cuidados.

Crear territorios. Multiplicar las zonas de opacidad

Cada vez más reformistas están de acuerdo hoy en día en que, en vista de la «proximidad del *peak oil*» y «para reducir las emisiones de gas de efecto invernadero», va a ser necesario «relocalizar la economía», favorecer el abastecimiento regional, los circuitos cortos de distribución, renunciar a la facilidad de las importaciones lejanas, etc. Se olvidan de que lo propio de todo lo que se hace localmente en cuestión de economía es hacerlo *en negro*, de manera «informal», y que esta simple

medida ecológica de relocalización de la economía implica nada menos que liberarse del control estatal o de someterse a él sin reservas.

El territorio actual es producto de varios siglos de operaciones policiales. Se expulsó a la gente de sus campos, luego de sus calles, luego de sus barrios y, finalmente, de los portales de sus edificios, con la loca esperanza de encerrar toda vida dentro de las cuatro paredes rezumantes de lo privado. La cuestión del territorio no se plantea para nosotros como para el Estado. No se trata de *poseerlo*. De lo que se trata es de densificar localmente las comunas, las circulaciones y las solidaridades hasta el punto en que el territorio se vuelve ilegible, opaco para toda autoridad. No es cuestión de ocupar, sino de *ser* el territorio.

Cada práctica hace existir un territorio: territorio del trapicheo o de la caza, territorio de los juegos infantiles, de los enamorados o de la revuelta, territorio del campesino, del ornitólogo o del paseante. La regla es sencilla: cuantos más territorios haya superponiéndose en una zona determinada, más circulación se dará entre ellos y menos asideros encontrará el poder. Tabernas, imprentas, instalaciones deportivas, descampados, puestos de librero, azoteas, mercados improvisados, kebabs y garajes pueden escapar fácilmente de su vocación oficial a poco que se encuentren en ellos suficientes complicidades. La autoorganización local,

al superponer su propia geografía a la cartografía estatal, la embarulla, la anula; produce su propia secesión.

Viajar. Trazar nuestras propias vías de comunicación

El principio de las comunas no consiste en oponer, a la metrópolis y su movilidad, el arraigo local y la lentitud. El movimiento expansivo de constitución de comunas debe adelantarse subterráneamente al de la metrópolis. No tenemos por qué rechazar las posibilidades de desplazamiento y de comunicación ofrecidas por las infraestructuras mercantiles; solo conocer sus límites. Ser en ellas lo bastante prudentes, lo bastante anodinos. Ir de visita es mucho más seguro, no deja huellas y forja vínculos mucho más consistentes que cualquier lista de contactos en internet. El privilegio concedido a tantos de nosotros de poder «circular libremente» de una punta del continente a la otra, e incluso por el mundo entero sin excesivos problemas, es una baza nada desdeñable para poner en comunicación los focos de conspiración. Una de las gracias de la metrópolis es permitir a norteamericanos, griegos, mexicanos y alemanes encontrarse furtivamente en París lo que dura una discusión estratégica.

El movimiento permanente entre las comunas amigas es de esas cosas que las protegen tanto de la

desecación como de la fatalidad de la renuncia. Acoger a los camaradas, mantenerse al tanto de sus iniciativas, meditar su experiencia, incorporar las técnicas que dominan, hacen más por una comuna que los estériles exámenes de conciencia a puerta cerrada. Nos equivocaríamos al subestimar lo que pueden ofrecer de decisivo esas tardes pasadas confrontando nuestros puntos de vista sobre la guerra en curso.

Derribar poco a poco todos los obstáculos

Como es sabido, las calles rebosan de actos incívicos. Entre lo que son realmente y lo que deberían ser se encuentra la fuerza centrípeta de toda policía, que se afana por restablecer el orden; y enfrente nos encontramos nosotros, es decir, el movimiento inverso, centrífugo. No podemos más que alegrarnos del arrebato y del desorden dondequiera que estos surjan. Nada tiene de sorprendente que las fiestas nacionales, que ya no festejan nada, ahora acaben sistemáticamente mal. Rutilante o destartalado, el mobiliario urbano —pero ¿dónde comienza y dónde acaba?— materializa nuestra común desposesión. Perseverante en su nada, solo pide volver a ella de una vez por todas. Contemplemos lo que nos rodea: todo ello espera que le llegue su hora;

de golpe la metrópolis adquiere un aire de nostalgia, como solo tienen los campos en ruinas.

Basta con que se vuelvan metódicos, con que se sistematicen, para que los actos incívicos confluyan en una guerrilla difusa, eficaz, que nos devuelve a nuestra ingobernabilidad, a nuestra indisciplina primordiales. Resulta inquietante que entre las virtudes militares que se le reconocen al partisano figure precisamente la indisciplina. Lo cierto es que jamás deberían haberse desligado rabia y política. Sin la primera, la segunda se pierde en el discurso; sin la segunda, la primera se agota en aullidos. Palabras como «furiosos» o «exaltados» nunca reaparecen en política sin disparos de advertencia.

En cuanto al método, retengamos del sabotaje el siguiente principio: el mínimo riesgo en la acción, el mínimo de tiempo, el máximo de daños. En cuanto a la estrategia, recordemos que un obstáculo derribado pero no sumergido —un espacio liberado pero no habitado— es fácilmente sustituido por otro obstáculo, más resistente y menos atacable.

Es inútil explayarse sobre los tres tipos de sabotaje obrero: ralentizar el trabajo, del «tómatelo con calma» a la huelga de celo; romper las máquinas o entorpecer su funcionamiento; filtrar los secretos de la empresa. Ampliados hasta alcanzar las dimensiones de la fábri-

ca social, los principios del sabotaje se generalizan de la producción a la circulación. La infraestructura técnica de la metrópolis es vulnerable: sus flujos no son solamente el transporte de personas y de mercancías; informaciones y energía circulan a través de las redes de cables, de fibra y de canalización, que es posible atacar. Sabotear la máquina social con alguna consecuencia implica hoy reconquistar y reinventar los medios de interrumpir sus redes. ¿Cómo volver inutilizables una línea de AVE o una red eléctrica? ¿Cómo encontrar los puntos débiles de las redes informáticas, cómo generar interferencias en las ondas de radio y llenar de nieve la pequeña pantalla?

En lo que atañe a los obstáculos serios, es falso tachar de imposible toda destrucción. Lo que de prometeico hay en ello reside y se resume en cierta apropiación del fuego, fuera de cualquier ciego voluntarismo. En el año 356 a. C., Eróstrato quema el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. En nuestra época de decadencia consumada, los templos no tienen de imponente más que la fúnebre verdad *de que ya son ruinas.*

Aniquilar esta nada no es en absoluto una triste tarea. El actuar encuentra aquí una nueva juventud. Todo adquiere sentido, de repente todo se ordena, espacio, tiempo, amistad. Echamos toda la carne al asador, recuperamos su uso —no somos más que carne—. En la miseria de nuestros tiempos, «joderlo todo» quizá

funcione —no sin motivo, todo hay que decirlo— como última seducción colectiva.

Escapar a la visibilidad. Convertir el anonimato en posición ofensiva

En una manifestación, un sindicalista le arranca la máscara a un anónimo que acaba de romper un escaparate: «En vez de ocultarte, asume lo que haces». Ser visible es estar al descubierto, es decir, ser ante todo vulnerable. Cuando los izquierdistas de todo el país no cesan de «visibilizar» su causa —ya sea la de los vagabundos, las mujeres o los simpapeles— con la esperanza de que sea tenida en cuenta, hacen exactamente lo contrario de lo que habría que hacer. No hacerse visibles, sino usar en nuestro beneficio el anonimato al que hemos sido relegados y, mediante la conspiración, mediante la acción con nocturnidad y pasamontañas, convertirlo en una inatacable posición de ataque. La revuelta de noviembre de 2005 ofrece el modelo. Sin líder, sin reivindicación, sin organización, pero con palabras, gestos, complicidades. No ser socialmente nada no es una condición humillante ni el origen de una trágica falta de reconocimiento —¿ser reconocido por quién?—, sino, por el contrario, la condición de una máxima libertad de acción. No firmar nuestras

fechorías, no utilizar más que siglas de cartón piedra —todavía nos acordamos de la efímera BAFT (Brigada Antipolis de los Tarterêts).* Evidentemente, constituir un sujeto «periferia», que sería el autor de los «tumultos de noviembre de 2005», fue una de las primeras maniobras defensivas del régimen. Ver la jeta de quienes *son alguien* en esta sociedad puede ayudar a comprender la alegría de no ser nadie.

Hay que escapar de la visibilidad. Pero una fuerza que toma cuerpo en la sombra no puede esquivarla eternamente. Se trata de postergar nuestra aparición como fuerza hasta el momento oportuno. Pues cuanto más tarde nos encuentre la visibilidad, más fuertes nos encontrará. Y una vez hayamos entrado en la visibilidad, nuestro tiempo estará contado. O estamos en condiciones de pulverizar su reino a corto plazo, o bien es él el que nos aplastará sin tardanza.

Organizar la autodefensa

Vivimos bajo una ocupación, bajo una ocupación *policial*. Las redadas de simpapeles en plena calle, los coches camuflados recorriendo los bulevares, la pacificación de los barrios de la metrópolis mediante téc-

---

* Barriada de viviendas sociales de Corbeil-Essonnes.

nicas fraguadas en las colonias o las declaraciones del ministro del Interior contra las «pandillas» dignas de la guerra de Argelia nos lo recuerdan cada día. Son motivos suficientes para no dejarse aplastar más, para implicarse en la autodefensa.

A medida que crece y se propaga, una comuna ve que poco a poco las operaciones del poder toman como blanco aquello que la constituye. Tales contraataques adoptan la forma de la seducción, de la recuperación y, como último recurso, de la fuerza bruta. La autodefensa debe ser para las comunas una evidencia colectiva, tanto práctica como teórica. Evitar una detención, reunir con presteza a una buena cantidad de personas contra las tentativas de desalojo o proteger a uno de los nuestros no serán reflejos superfluos en los tiempos que se avecinan. No podemos estar reconstruyendo nuestras bases una y otra vez. Dejemos de denunciar la represión y preparémonos contra ella.

La cosa no es sencilla, pues al tiempo que se espera de la población un incremento del trabajo policial —de la delación al alistamiento ocasional en las milicias ciudadanas—, las fuerzas de la policía se funden con la multitud. El modelo comodín de intervención policial, incluso en una situación de revuelta, es ahora el poli de paisano. La eficacia de la policía durante las últimas manifas contra el CPE procedía de estos infiltrados que se mezclaban en el barullo a la espera de un incidente

para desvelarse; todo ello en coordinación con los servicios de orden de los sindicatos. La sola posibilidad de su presencia basta para arrojar una sombra de sospecha sobre los manifestantes (¿quién es quién?) y paralizar la acción. Puesto que una manifestación no es un medio para contarnos, sino un medio para actuar, tenemos que dotarnos de medios para desenmascarar a los infiltrados, expulsarlos y, llegado el caso, arrebatarles a aquellos que intenten detener.

La policía no es invencible en las calles; sencillamente, tiene medios para organizarse, entrenarse y probar nuevas armas sin parar. Comparadas con ellas, nuestras armas siempre serán rudimentarias, artesanales y, muy a menudo, estarán improvisadas sobre el terreno. En ningún caso pretenden rivalizar en potencia de fuego, sino que buscan mantener la distancia, desviar la atención, ejercer presión psicológica o abrir una vía por sorpresa y ganar terreno. Está claro que toda la innovación desplegada en los centros de preparación contra la guerrilla urbana de la gendarmería francesa no basta, ni bastará sin duda jamás, para responder con la suficiente prontitud a una multiplicidad movediza que pueda golpear en varios lugares a la vez y que sobre todo se esfuerce por mantener siempre la iniciativa.

Evidentemente, las comunas son vulnerables a la vigilancia y a las investigaciones policiales, a la policía científica y a los servicios secretos. Las olas de arres-

tos de anarquistas en Italia y de *ecowarriors* en Estados Unidos han sido posibles gracias a las escuchas telefónicas. Cualquier arresto preventivo da lugar ahora a una toma de ADN y alimenta un fichero cada vez más completo. Un ocupa barcelonés fue encontrado porque había dejado sus huellas en las octavillas que repartía. Los métodos de identificación mejoran sin cesar, en particular gracias a la biometría. Y si el carné de identidad electrónico llega a ponerse en práctica, nuestra tarea resultará aún más difícil. La Comuna de París resolvió en parte el problema del control: al quemar el ayuntamiento, los incendiarios destruían también las fichas del registro civil. Falta por encontrar los medios para destruir los datos informatizados de una vez por todas.

INSURRECCIÓN

La comuna es la unidad elemental de la realidad partisana. Una escalada insurreccional quizá no sea otra cosa que una multiplicación de comunas, su conexión y su articulación. Según el curso de los acontecimientos, las comunas se funden en entidades de mayor envergadura o, por el contrario, se fraccionan. Entre una pandilla de hermanos y hermanas juntos «hasta que la muerte los separe» y la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités y de pandillas para organizar el avituallamiento y la autodefensa de un barrio, e incluso de una región sublevada, no hay más que una diferencia de escala: son indistintamente comunas.

Cualquier comuna tiende a la autosubsistencia y a percibir el dinero en su seno como algo irrisorio y, por qué no decirlo, fuera de lugar. El poder del dinero reside en formar un vínculo entre quienes no tienen vínculos, en vincular a los extraños *como extraños*, y de este modo, haciendo todas las cosas equivalentes entre sí, ponerlo

todo en circulación. La capacidad del dinero para vincularlo todo se paga con la superficialidad de dicho vínculo, en el que la mentira es la regla. La desconfianza es el fondo de la relación de crédito. Por eso, el reino del dinero debe ser siempre el reino del control. La abolición práctica del dinero solo puede realizarse mediante la extensión de las comunas. La extensión de las comunas debe obedecer en cada caso a la preocupación por no superar un determinado tamaño, más allá del cual estas pierden el contacto consigo mismas y generan, casi indefectiblemente, una casta dominante. La comuna preferirá entonces escindirse y de tal modo extenderse, y al mismo tiempo prevenir un final desgraciado.

La sublevación de la juventud argelina, que abrasó toda la Cabilia en la primavera de 2001, se tradujo en una recuperación casi total del territorio, con ataques a las comisarías, a los tribunales y a todas las representaciones del Estado, y con la generalización del tumulto hasta provocar la retirada unilateral de las fuerzas del orden e impedir físicamente que se celebrasen las elecciones. La fuerza del movimiento residió en la complementariedad difusa entre componentes múltiples, que solo estuvieron muy parcialmente representados en las interminables y desesperadamente masculinas asambleas de los comités de pueblo y otros comités populares. Las «comunas» de la todavía palpitante insurrección argelina tan pronto presentan el rostro de

esos jóvenes «tirados» que llevan gorra y lanzan bombonas de butano contra los antidisturbios desde lo alto de un edificio de Tizi Ouzou como la risa burlona de un viejo guerrillero envuelto en su chilaba, o bien la energía de las mujeres de un pueblo de montaña que sacan adelante, contra viento y marea, los cultivos y la ganadería tradicionales, sin los cuales los bloqueos de la economía de la región jamás habrían podido ser tan reiterados ni tan sistemáticos.

Aprovechar cualquier crisis

«Por otra parte, hay que añadir que no se podría tratar al conjunto de la población francesa. Habrá pues que elegir». Es así como un experto en virología resume en *Le Monde* del 7 de septiembre de 2005 lo que ocurriría en caso de una pandemia de gripe aviar. «Amenazas terroristas», «catástrofes naturales», «alertas virales», «movimientos sociales» y «violencias urbanas» son para los gestores de la sociedad momentos de inestabilidad en los que asientan su poder mediante la selección de lo que les complace y la aniquilación de lo que les molesta. En consecuencia, lógicamente también son la ocasión para que cualquier otra fuerza se combine o se refuerce, tomando el partido contrario. La interrupción de los flujos de mercancías, la sus-

pensión de la normalidad —basta ver cómo resurge la vida social en un edificio repentinamente privado de luz para imaginar en qué podría convertirse la vida en una ciudad privada de todo— y del control policial liberan potencialidades de autoorganización impensables en otras circunstancias. Eso no se le escapa a nadie. El movimiento obrero revolucionario, que convirtió las crisis de la economía burguesa en el clímax de su creciente poder, lo comprendió bien. Hoy en día, los partidos islámicos en ningún lugar son tan fuertes como allí donde han sabido suplir inteligentemente la debilidad del Estado. Ejemplos de ello son la organización de la ayuda tras el terremoto de Bumerdés, en Argelia, o la asistencia cotidiana a la población del Líbano destruido por el ejército israelí.

Como mencionábamos más arriba, la devastación de Nueva Orleans por el huracán Katrina dio la oportunidad a todo un sector del movimiento anarquista norteamericano de adquirir una consistencia desconocida, agrupando a todos los que se resistieron *in situ* al desplazamiento forzoso. Los comedores callejeros implican haber pensado previamente en el avituallamiento; la asistencia médica de urgencia exige que se hayan adquirido el saber y el material necesarios, así como la instalación de radios libres. Lo que contienen de alegría, de superación de la supervivencia individual, de realidad tangible no sometida a la cotidianeidad del

orden y del trabajo garantiza la fecundidad política de semejantes experiencias.

En un país como Francia, en el que las nubes radioactivas se detienen en la frontera y en el que no se teme construir un polo oncológico sobre el antiguo emplazamineto de la fábrica de AZF, clasificado como peligroso por la normativa Seveso, hay que contar menos con las crisis «naturales» que con las crisis sociales. En la mayor parte de las ocasiones, aquí corresponde a los movimientos sociales interrumpir el curso normal del desastre. Sin duda, las diversas huelgas de los últimos años fueron principalmente una oportunidad para que el poder y las direcciones de las empresas pusieran a prueba su capacidad para mantener unos «servicios mínimos» cada vez más amplios, hasta reducir la interrupción del trabajo a su pura dimensión simbólica, apenas más perjudicial que una nevada o un suicidio en las vías del tren. Pero al trastocar las prácticas militantes establecidas mediante la ocupación sistemática de los centros educativos y el bloqueo obstinado, las luchas estudiantiles de 2005 y contra el CPE nos recordaron la capacidad destructiva y de ofensiva difusa de los grandes movimientos. En todas las pandillas que generaron a su paso, dejaron entrever en qué condiciones los movimientos pueden convertirse en lugar de surgimiento de nuevas comunas.

Sabotear toda instancia de representación.
Generalizar la charla.
Abolir las asambleas generales

Todo movimiento social encuentra como primer obstáculo, mucho antes que a la policía propiamente dicha, a las fuerzas sindicales y a toda esa microburocracia cuya vocación es enmarcar las luchas. Las comunas, los grupos de base y las pandillas recelan espontáneamente de ellas. Por eso, los paraburócratas inventaron hace ya veinte años las coordinadoras, que, en ausencia de etiquetas, tienen un aspecto más inocente, pero siguen siendo el terreno ideal para sus maniobras. Que un colectivo descarriado aspire a la autonomía y no pararán hasta vaciarlo de todo contenido, descartando de forma resuelta todas las preguntas pertinentes. Son feroces y enseguida se encienden, no por la pasión del debate, sino por su vocación de conjurarlo. Y cuando su pertinaz defensa de la apatía por fin acaba con el colectivo, explican su fracaso por falta de conciencia política. Hay que decir que en Francia, gracias sobre todo a la actividad furibunda de las diferentes capillas trotskistas, no es el arte de la manipulación política lo que se echa en falta entre la juventud militante. No ha sido ella la que ha sabido sacar de las revueltas de noviembre de 2005 la siguiente lección: toda coordinadora es superflua allí

donde hay *coordinación;* las organizaciones siempre están de más allí donde uno se organiza.

Otro acto reflejo consiste en montar una asamblea general y votar en cuanto se produce el menor movimiento. Es un error. La mera cuestión del voto, de la decisión que hay que alcanzar, basta para transformar la asamblea en una pesadilla, para hacer de ella el escenario en el que se enfrentan todas las aspiraciones al poder. Padecemos aquí el mal ejemplo de los parlamentos burgueses. La asamblea no está hecha para la decisión, sino para la charla, para la palabra libre ejerciéndose sin objetivo.

La disposición a reunirse es tan constante en los humanos como extraña la necesidad de decidir. Reunirse responde a la alegría de experimentar una potencia común. Decidir solo es vital en las situaciones de urgencia, en las que en cualquier caso el ejercicio de la democracia se ve comprometido. El resto del tiempo, el problema no es el «carácter democrático del proceso de toma de decisiones», salvo para los fanáticos del procedimiento. No se trata de criticar las asambleas o de abandonarlas, sino de liberar en ellas la palabra, los gestos y los juegos entre los seres. Basta con observar que nadie llega solo con un punto de vista o una moción, sino con deseos, apegos, capacidades, fuerzas, tristezas y una cierta disponibilidad. Si así se logra rasgar la fantasía de la Asamblea General en provecho

de una *asamblea de presencias*, si se logra desbaratar la siempre renaciente tentación de la hegemonía, si se cesa de establecer la decisión como finalidad, todavía queda alguna oportunidad de que se produzca una de esas *tomas en masa*, uno de esos fenómenos de cristalización colectiva en los que una decisión toma a los seres, en su totalidad o solo en parte.

Lo mismo vale para decidir las acciones. Partir del principio de que «la acción debe ordenar el desarrollo de la asamblea» es hacer imposible tanto la efervescencia del debate como la acción eficaz. Una asamblea numerosa de gente que no se conoce entre sí está condenada a producir especialistas de la acción, es decir, a descuidar la acción en pro de su control. Por un lado, los delegados están por definición limitados en su acción; por el otro, nada les impide engañar a todo el mundo.

No se trata de imponer una forma ideal a la acción. Lo esencial es que la acción se dote de una forma, que la suscite y no que la padezca. Esto supone compartir una misma posición política y geográfica —como las secciones de la Comuna de París durante la Revolución francesa—, así como un mismo saber circulante. En cuanto a decidir las acciones, el principio podría ser el siguiente: si cada cual va a reconocer el terreno, si se coteja la información, la decisión vendrá por sí misma; ella nos tomará, más que tomarla nosotros. La circulación del saber anula la jerarquía, iguala por lo alto.

La comunicación horizontal, proliferante, es también la mejor forma de coordinar a las diferentes comunas para acabar con la hegemonía.

Bloquear la economía, pero adaptar nuestra potencia de bloqueo a nuestro nivel de autoorganización

A finales de junio de 2006, en todo el estado de Oaxaca se multiplican las ocupaciones de ayuntamientos y los insurrectos ocupan edificios públicos. En algunos municipios, expulsan a los alcaldes y requisan los vehículos oficiales. Un mes más tarde se bloquea el acceso a algunos hoteles y complejos turísticos. El ministro de Turismo habla de una catástrofe «comparable al huracán Wilma». Algunos años antes, el bloqueo se había convertido en una de las principales formas de acción de la oleada de revueltas en Argentina: los diferentes grupos locales se prestan mutuamente apoyo bloqueando tal o cual eje de comunicación, amenazando permanentemente, gracias a su acción conjunta, con paralizar todo el país si no se satisfacen sus reivindicaciones. Tal amenaza fue durante mucho tiempo una poderosa palanca en manos de los ferroviarios, los electricistas, los empleados del gas y los camioneros. El movimiento contra el CPE no ha dudado en bloquear estaciones, circunvalaciones, fábricas, autopistas, su-

permercados e incluso aeropuertos. No hicieron falta más de trescientas personas en Rennes para inmovilizar la carretera de circunvalación durante horas y provocar cuarenta kilómetros de atascos.

Bloquearlo todo es ahora la primera reacción de cualquiera que se alce contra el orden actual. En una economía deslocalizada, en la que las empresas funcionan por flujo tenso, en la que el valor deriva de la conexión en red, en la que las autopistas son eslabones de la cadena de producción desmaterializada, que va de subcontratista en subcontratista y de allí a la fábrica de montaje, bloquear la producción es también bloquear la circulación.

Pero no se puede bloquear más de lo que lo permita la capacidad de avituallamiento y de comunicación de los insurrectos, la autoorganización efectiva de las diferentes comunas. ¿Cómo alimentarse una vez todo esté paralizado? Saquear los comercios, como se hizo en Argentina, tiene sus límites; por inmensos que sean los templos del consumo, no son despensas infinitas. Adquirir la capacidad de procurarse el sustento elemental a largo plazo implica, pues, apropiarse de los medios de su producción. Y en este punto, parece inútil esperar más tiempo. Dejar, como ocurre hoy, al dos por ciento de la población la tarea de producir los alimentos para todos los demás es una ineptitud tanto histórica como estratégica.

Liberar el territorio de la ocupación policial. Evitar cuanto sea posible el enfrentamiento directo

«Este asunto pone en evidencia que no tratamos con jóvenes que reclaman más políticas sociales, sino con individuos que declaran la guerra a la República», señalaba un poli lúcido a propósito de las recientes emboscadas. La ofensiva para liberar el territorio de su ocupación policial ya está en marcha y puede contar con las inagotables reservas de resentimiento que estas fuerzas han reunido en su contra. Los propios «movimientos sociales» se dejan ganar poco a poco por el espíritu de revuelta, al igual que los juerguistas de Rennes, que durante el año 2005 se enfrentaron a los antidisturbios todos los jueves por la noche, o los de Barcelona, que recientemente, durante un botellón, arrasaron una arteria comercial de la ciudad. En el movimiento contra el CPE se han vuelto a ver con regularidad los cócteles molotov. Pero en este aspecto, algunas barriadas de la periferia siguen siendo insuperables. Y sobre todo en lo que atañe a una técnica que se perpetúa desde hace ya mucho tiempo: la emboscada. Por ejemplo, la del 13 de octubre de 2006 en Épinay: a eso de las once de la noche, varios equipos de la BAC rondaban por las calles tras una llamada que alertaba del robo de un coche; a

su llegada, uno de los equipos «se vio bloqueado por dos vehículos atravesados en la carretera y por más de una treintena de individuos que, pertrechados con barras de hierro y armas cortas, arrojaron piedras contra el vehículo y utilizaron gases lacrimógenos contra los agentes». Pensemos, a una escala más pequeña, en las comisarías de barrio atacadas durante las horas de cierre: cristales rotos, coches incendiados.

Uno de los logros de los últimos movimientos es que ahora una verdadera manifestación es una manifestación «salvaje», es decir, no comunicada a delegación de gobierno. Pudiendo *elegir el terreno*, tendremos cuidado, como el Black Block de Génova en 2001, de rodear las zonas calientes, huir del enfrentamiento directo y, decidiendo nosotros el trayecto, mangonear a los polis en lugar de que la policía nos mangonee a nosotros, y en particular la policía sindical y pacifista. Ya se ha visto que un millar de personas decididas puede hacer recular a furgones llenos de *carabinieri* para finalmente incendiarlos. Lo importante no es tanto ser los mejor armados como tener la iniciativa. El valor no es nada; la confianza en el propio valor lo es todo. Tener la iniciativa contribuye a ello.

Todo incita, no obstante, a encarar los enfrentamientos directos como puntos de fijación de las fuerzas enemigas que permiten ganar tiempo y atacar en otro lugar —incluso muy cerca—. Que no se pueda

evitar que un enfrentamiento tenga lugar no impide convertirlo en una simple diversión. Más aún que a las acciones, es a su coordinación a lo que hay que aplicarse. Acosar a la policía es hacer que, aun estando en todas partes, no sea eficaz en ninguna.

Cada acto de acoso reaviva esta verdad enunciada en 1842: «La vida del agente de policía es penosa; su posición en medio de la sociedad es tan humillante y despreciada como el propio crimen. [...] La vergüenza y la infamia lo acechan por todos lados, la sociedad lo expulsa de su seno, lo aísla como a un paria, junto con la paga le escupe su desprecio a la cara, sin remordimientos, sin lamentaciones, sin piedad. [...] La placa de policía que lleva en el bolsillo es un título de ignominia». El 21 de noviembre de 2006, los bomberos que se manifestaban en París atacaron a martillazos a los antidisturbios e hirieron a quince de ellos. Esto para recordar que «tener vocación de ayudar» jamás podrá ser una excusa para incorporarse a la policía.

Estar armados. Hacer todo lo posible para que el uso de las armas resulte superfluo. Frente al ejército, la victoria es política

No hay insurrección pacífica. Las armas son necesarias: se trata de hacer todo lo posible para que su uso

resulte superfluo. Una insurrección es antes que nada un tomar las armas, una «vigilancia armada», y no tanto el paso a la lucha armada. Es conveniente que distingamos el armamento del uso de las armas. Las armas son una constante revolucionaria, aunque su utilización sea poco frecuente o poco decisiva en los momentos de grandes cambios: 10 de agosto de 1792, 18 de marzo de 1871, octubre de 1917. Cuando el poder está en las últimas, basta con pisotearlo.

En la distancia que nos separa de esas fechas, las armas han adquirido la doble característica de la fascinación y la repugnancia, que solo su manejo permite superar. Un auténtico pacifismo no puede ser rechazo de las armas, sino solo de su uso. Ser pacifista sin poder abrir fuego no es más que la teorización de una impotencia. Dicho pacifismo *a priori* corresponde a una especie de desarme preventivo; es una pura operación policial. En realidad, la cuestión pacifista solo se le plantea seriamente a quien tiene poder para abrir fuego. Y en tal caso, el pacifismo será por el contrario un signo de potencia, pues solo desde una extrema posición de fuerza uno está libre de la necesidad de disparar.

Desde un punto de vista estratégico, la acción indirecta, asimétrica, parece la más rentable, la más adaptada a la época: no se ataca frontalmente a un ejército de ocupación. No obstante, la perspectiva de una guerrilla urbana a lo iraquí, que se estancaría sin posibilidad de

ofensiva, es más temible que deseable. La *militarización* de la guerra civil es el fracaso de la insurrección. Puede que los rojos triunfaran en 1921, pero la Revolución rusa ya estaba perdida.

Hay que afrontar dos tipos de reacciones estatales. Una de franca hostilidad y otra, más taimada, democrática. La primera recurre a la destrucción sin contemplaciones; la segunda, a una hostilidad sutil pero implacable: solo espera reclutarnos. Se puede ser derrotado tanto por la dictadura como por verse obligado a no oponerse ya *más que* a la dictadura. La derrota consiste tanto en perder una guerra como en perder la *elección* de la guerra que se quiere llevar a cabo. Por lo demás, ambas son posibles, como demuestra la España de 1936. Los revolucionarios fueron doblemente derrotados: por el fascismo y por la República.

Cuando la cosa se pone seria, es el ejército el que ocupa el terreno. Su entrada en acción parece menos evidente. Para ello haría falta un Estado dispuesto a provocar una carnicería, lo que no es posible actualmente más que como una amenaza, un poco como el empleo del armamento nuclear desde hace medio siglo. Por más que lleve tiempo herida, la bestia estatal sigue siendo peligrosa. Frente al ejército, hace falta una multitud numerosa, que invada sus filas, que confraternice. Hace falta el 18 de marzo de 1871. El ejército en las calles es una situación insurreccional. El ejército

ya en acción es el final precipitándose. Todo el mundo se ve instado a tomar posición, a elegir entre la anarquía y el miedo a la anarquía. Una insurrección política solo triunfa como fuerza política. Políticamente, no es imposible acabar con un ejército.

Deponer localmente a las autoridades

La cuestión, para una insurrección, es volverse irreversible. La irreversibilidad se alcanza cuando se ha vencido a las autoridades al mismo tiempo que la necesidad de autoridad; el gusto por la apropiación, al mismo tiempo que la propiedad; el deseo de hegemonía, al mismo tiempo que cualquier hegemonía. Por eso, el proceso insurreccional contiene en sí mismo la forma de su victoria, o bien la de su fracaso. En cuanto a la irreversibilidad, la destrucción nunca ha sido suficiente. Todo está en la manera. Hay formas de destruir que provocan indefectiblemente el retorno de lo que se ha aniquilado. Quien se ensaña con el cadáver de un orden se asegura suscitar la vocación de vengarlo. De ahí que, dondequiera que la economía esté bloqueada, dondequiera que la policía haya sido neutralizada, convenga poner el menor *pathos* posible en el derrocamiento de las autoridades. Deberían ser depuestas con un desenfado y un escarnio escrupulosos.

A la descentralización del poder responde, en esta época, el fin de las centralidades revolucionarias. Sin duda aún quedan palacios de invierno, pero están destinados más al asalto de los turistas que al de los insurrectos. En nuestros días se pueden tomar París, o Roma o Buenos Aires sin ganar la partida. La toma de Rungis* tendría indudablemente más efectos que la del Elíseo. El poder ya no se concentra en un punto del mundo: es este mundo mismo, sus flujos y sus avenidas, sus hombres y sus normas, sus códigos y sus tecnologías. El poder es la organización misma de la metrópolis. Es la impecable totalidad del mundo de la mercancía en cada uno de sus puntos. Por eso, quien lo derrota localmente produce a través de las redes una onda de choque planetaria. Los asaltantes de Clichy-sous-Bois alegraron más de un hogar americano, mientras los insurrectos de Oaxaca encontraban cómplices en pleno corazón de París. Para Francia, la pérdida de la centralidad del poder significa el fin de la centralidad revolucionaria parisina. Cada nuevo movimiento después de las huelgas de 1995 lo confirma. Ya no es allí donde surgen las intrigas más

---

* El mercado de Rungis, resultado del traslado y la fusión de Les Halles y La Villette en 1971, es el mercado más grande de productos agrícolas del mundo.

osadas, las más consistentes. Para concluir, si París sigue distinguiéndose todavía, es como simple objetivo de razia, como puro terreno de saqueo y de estragos. Son incursiones breves y brutales venidas de fuera que atacan el punto de densidad máxima de los flujos metropolitanos. Son regueros de ira que surcan el desierto de esta abundancia facticia y se desvanecen. Llegará un día en que esa espantosa concreción del poder que es la capital quede absolutamente en ruinas, pero será al término de un proceso que estará en todas partes más avanzado que allí.

¡Todo el poder para las comunas!

En el metro ya no queda ni rastro del velo de malestar que habitualmente entorpece los gestos de los pasajeros. Los desconocidos se hablan; ya no se abordan. Una pandilla en conciliábulo en la esquina de una calle. Aglomeraciones más nutridas en los bulevares, en las que se debate seriamente. Los asaltos se replican de una ciudad a otra, de un día al siguiente. Otro cuartel ha sido saqueado y después quemado. Los habitantes de un hogar desalojado han cesado de tratar con el ayuntamiento: ahora lo habitan. En un acceso de lucidez, un directivo acaba de cargarse a un puñado de colegas en plena reunión. Los archivos que contienen la dirección particular de todos los policías y gendarmes, así como de los empleados de la administración penitenciaria, acaban de filtrarse, provocando una ola sin precedentes de mudanzas apresuradas. En la antigua cantina del pueblo, uno lleva el excedente que produce y se procura lo que le falta. Uno se reúne también allí para debatir sobre la situación general y sobre el material necesario para el taller mecánico. La radio mantiene informados a los insurrectos del retroceso de las fuerzas gubernamentales. Un cohete acaba de reventar el recinto de la cárcel de Clairvaux. Imposible decir si han pasado un mes o varios años desde que comenzaron los «acontecimientos». El primer ministro parece muy solo en sus llamamientos a la calma.

PUESTA A PUNTO

Enero de 2009

Todo el mundo coincide. Esto va a petar. Se acepta con aire grave o con orgullo en los pasillos del Parlamento, igual que nos lo repetíamos ayer en el bar. Nos regodeamos en la estimación de riesgos. Se detallan ya minuciosamente las operaciones preventivas de parcelación del territorio. Las fiestas de Año Nuevo toman un nuevo y decisivo cariz. «¡Es el último año que habrá ostras!». Para que los festejos no se vean totalmente eclipsados por la tradición del desorden, son necesarios los tres mil seiscientos polis y los dieciséis helicópteros desplegados por la ministra Alliot-Marie, la misma que, durante las manifestaciones estudiantiles de diciembre, se mantenía temblorosa al acecho del menor signo de contaminación griega. Bajo los discursos tranquilizadores, cada vez se oye con mayor claridad el ruido de los preparativos de una guerra abierta. Nadie puede ignorar ya su descarada puesta en marcha, fría y pragmática, que ni siquiera se molesta en presentarse como una operación de pacificación.

Los periódicos ofrecen la lista pormenorizada de las causas de esta repentina inquietud. Está la crisis, por supuesto, con sus niveles explosivos de paro, su porción de desesperanza y de planes sociales, y sus escándalos Kerviel y Madoff. Está la quiebra del sistema escolar, que ya no logra producir trabajadores ni calibrar al ciudadano; ni siquiera utilizando como material a los hijos de la clase media. Está el malestar, dicen, de una juventud huérfana de toda representación política y que solo sirve para arrollar con el coche las bicis gratuitas que se ponen a su disposición.

Sin embargo, todos estos motivos de inquietud no deberían parecer insuperables en una época en la que el modo predominante de gobierno consiste justamente en la gestión de situaciones de crisis. A no ser que se considere que lo que el poder afronta no es ni una crisis más ni una sucesión de problemas crónicos o de desarreglos más o menos esperados, sino un peligro singular: que se manifiesten una forma de conflictos y unas posiciones que precisamente no sean *gestionables.*

*

Quienes por todos lados *son* ese peligro tienen cuestiones menos ociosas que plantearse que las de las causas y las probabilidades de unos movimientos y unos enfrentamientos que tendrán lugar de todos modos. Y entre ellas la siguiente: ¿qué resonancias tiene el caos griego en la situación francesa? Una sublevación aquí no puede pensarse como la simple transposición de lo que se ha producido allá. La guerra civil mundial todavía tiene sus peculiaridades locales y una situación de revuelta generalizada provocaría en Francia una deflagración de otro tenor.

Los amotinados griegos han hecho frente a un Estado débil, que no obstante disponía de una fuerte popularidad.

No hay que olvidar que la democracia se reconstituyó, hace justo treinta años, contra el régimen de los coroneles a partir de una práctica de la violencia política. A la mayoría de los griegos esa violencia, cuyo recuerdo no está tan lejano, todavía le parece una evidencia. Hasta los capos del partido socialista local probaron el cóctel molotov en su juventud. La política *clásica* conoce, a su vez, variantes que saben acomodarse muy bien a tales prácticas y propagar sus sandeces ideológicas incluso en la revuelta. Si la batalla griega no se ha decidido y concluido en la calle —allí la policía estaba a todas

luces desbordada— es porque su neutralización se ha jugado en otro lugar. Nada más agotador, nada más fatal, en efecto, que esta política clásica, con sus resecos rituales, su pensamiento que no piensa y su pequeño mundo cerrado.

En Francia, nuestros burócratas socialistas más exaltados nunca fueron otra cosa que austeros infiltrados en las asambleas, aguafiestas responsables. Aquí todo concurre más bien para aniquilar hasta la más ínfima forma de intensidad política. Lo que permite que siempre se pueda oponer al ciudadano y al vándalo, y extraer falsas oposiciones de un depósito sin fondo: usuarios contra huelguistas, antibloqueo contra secuestradores, gente decente contra chusma. Una operación cuasilingüística que va de la mano con medidas cuasimilitares. Las revueltas de noviembre de 2005 y, en un contexto diferente, los movimientos sociales del otoño de 2007, han ofrecido algunos ejemplos de esta forma de proceder. La imagen de los estudiantes pijos de Nanterre, aplaudiendo al grito de «¡Vivan los azules!»* la expul-

---

* «*Allez les bleus!*» es también el conocido grito de guerra de los hinchas de la selección francesa de fútbol. En ambos casos, se hace referencia al color de los uniformes.

sión de sus condiscípulos por la policía, no hace más que ofrecernos un atisbo de lo que nos reserva el porvenir.

Huelga decir que el apego que los franceses sienten por el Estado —garante de los valores universales, último baluarte contra el desastre— es una patología de la que es complicado desprenderse. Se trata, sobre todo, de una ficción que ya no puede durar. Nuestros propios gobernantes la consideran cada día más un estorbo inútil, pues ellos al menos asumen el conflicto militarmente. Ellos ya no tienen ningún complejo a la hora de enviar las unidades de elite antiterrorista para sofocar las revueltas de la periferia o liberar un centro de clasificación de residuos ocupado por los asalariados. A medida que el Estado providencia se resquebraja, aflora el crudo enfrentamiento entre quienes desean el Orden y quienes ya no lo quieren. Todo aquello que la policía francesa conseguía hasta ahora desactivar está empezando a desencadenarse. No se recuperará de todo lo que ha reprimido. En el avanzado nivel de descomposición en que se encuentra la sociedad, se puede contar con el movimiento que viene para hallar el aliento nihilista necesario. Lo que no dejará de exponerlo a toda suerte de límites.

Un movimiento revolucionario no se propaga por contagio, sino por resonancia. Algo que se constituye aquí resuena con la onda de choque emitida por algo que se ha constituido allá. El cuerpo que resuena lo hace de un modo que le es propio. Una insurrección no es como la extensión de una plaga o de un incendio forestal: un proceso lineal que se extendería poco a poco a partir de una chispa inicial. Es más bien algo que toma cuerpo como una música y cuyos focos, aun dispersos en el tiempo y en el espacio, logran imponer el ritmo de su vibración propia, logran ganar cada vez más densidad. Hasta el punto de que cualquier retorno a la normalidad ya no pueda resultar deseable, o incluso factible.

Cuando hablamos de Imperio nos referimos a los dispositivos del poder que, preventivamente, quirúrgicamente, retienen todos los devenires revolucionarios de una situación. Desde este punto de vista, el Imperio no es un enemigo que nos haga frente. Es un ritmo que se impone, una manera de hacer fluir y transcurrir la realidad. Es, pues, menos un orden del mundo que su triste transcurrir, pesado y militar.

Lo que escuchamos en el partido de los insurrectos es el esbozo de una *composición* de todo punto diferente, el esbozo de una faz de la realidad completamente

distinta, que desde Grecia a las periferias francesas busca sus acordes.

*

Ya es de conocimiento público que las situaciones de crisis son otras tantas oportunidades para que la dominación se reestructure. Por eso, Sarkozy puede anunciar, sin mucha pinta de mentir, que la crisis financiera equivale al «fin del mundo» y que el año 2009 verá a Francia entrar en una nueva era. El camelo de la crisis económica sería, a fin de cuentas, una novedad. La oportunidad de una hermosa epopeya que nos vería combatir, todos juntos, las desigualdades al mismo tiempo que el calentamiento climático. Algo que para nuestra generación, reconozcámoslo, que precisamente ha nacido en la crisis y que no ha conocido otra cosa —crisis económica, financiera, social, ecológica—, es relativamente difícil de admitir. No volverán a pegárnosla con lo de la crisis, con el «empezaremos de nuevo desde cero» y el «bastará con apretarse el cinturón durante algún tiempo». A decir verdad, el anuncio de las desastrosas cifras del paro ya no provoca en nosotros sentimiento alguno. La crisis es una manera de

gobernar. Cuando este mundo no parece sostenerse ya más que gracias a la gestión infinita de su derrota.

Querrían vernos detrás del Estado, *movilizados*, solidarios con un improbable remiendo de la sociedad. Solo que nos repugna tanto unirnos a dicha movilización que bien podría ser que nos decidiéramos, por el contrario, a acabar definitivamente con el capitalismo.

Lo que está en guerra no son maneras variables de gestionar la sociedad. Son más bien ideas, irreductibles e irreconciliables, de la felicidad y de sus mundos. El poder lo sabe; nosotros, también. Los residuos militantes que nos ven —cada vez más numerosos, cada vez menos identificables— se estrujan las meninges para encajarnos en las pequeñas celdillas de sus pequeñas cabezas. Y no obstante, nos tienden la mano para ahogarnos mejor: con sus fracasos, con sus parálisis, con sus problemáticas imbéciles. De elecciones en «transiciones», nunca serán otra que cosa que esos que nos alejan cada vez un poco más de la posibilidad del comunismo. Por fortuna, uno nunca acaba de acomodarse a las traiciones ni a las decepciones.

El pasado nos ha ofrecido demasiadas malas respuestas como para que ahora no sepamos que eran las preguntas mismas las que eran malas.

Por eso, no se trata de ELEGIR:

el fetichismo de la espontaneidad	O	el control de la Organización
el bricolaje de las redes militantes		la varita de la jerarquía
actuar desesperadamente ahora		esperar desesperadamente a más tarde
poner entre paréntesis lo que hay que vivir y experimentar en nombre de un paraíso que a fuerza de alejarse se parece cada vez más a un infierno	O	rumiar el cadáver a fuerza de persuadirse de que plantar zanahorias podría bastar para sacarnos de esta pesadilla

Elección embarazosa

Las Organizaciones son un obstáculo para organizarse.

En realidad, no hay diferencia entre lo que somos, lo que hacemos y aquello en lo que nos convertimos. Las organizaciones —políticas o sindicales, fascistas o anarquistas— empiezan siempre por separar en la práctica estos aspectos de la existencia. Luego se empeñan en presentar su estúpido formalismo como el único remedio para esa separación. Organizarse no es dotar de una estructura a la impotencia. Es ante todo establecer vínculos; vínculos que no son neutros, vínculos terriblemente orientados. El grado de organización se mide por la intensidad de lo compartido, material y espiritualmente.

De aquí en adelante, pues: «organizarse materialmente para subsistir, organizarse materialmente para atacar». Que se elabore un poco por todos lados una nueva idea del comunismo. A la sombra de los bares, las imprentas, las ocupaciones, los rellanos, las granjas, los gimnasios, pueden nacer complicidades ofensivas; esas complicidades gracias a las cuales el mundo adquiere a menudo un cariz más sólido. No hay que negar a estas preciosas connivencias los medios que exigen para desplegar su fuerza.

Ahí se sitúa la posibilidad verdaderamente revolucionaria de nuestra época. Las escaramuzas cada vez más frecuentes tienen de temible que son, en cada ocasión, una oportunidad de complicidades de este tipo, a veces efímeras, pero otras también indefectibles. Seguramente se da aquí una especie de proceso acumulativo. En el momento en que miles de jóvenes se toman en serio desertar y sabotear este mundo, hay que ser estúpido como un poli para buscar una célula financiera, un jefe o un descuido.

*

Dos siglos de capitalismo y de nihilismo mercantil han desembocado en las más extremas ajenidades: con respecto a uno mismo, a los demás, a los mundos. El individuo, esa ficción, se descomponía a la misma velocidad que se volvía real. Nosotros, hijos de la metrópolis, hacemos la siguiente apuesta: que es a partir del más profundo despojamiento de la existencia como se despliega la posibilidad, siempre silenciada, siempre conjurada, del comunismo.

En definitiva, es contra toda una antropología contra lo que estamos en guerra. Contra la idea misma de hombre.

El comunismo, pues, como presupuesto *y* como experimentación. O como compartir una sensibilidad *y* elaborar maneras de compartirla. Evidencia de lo común *y* construcción de una fuerza. El comunismo como matriz de un asalto minucioso, audaz, contra la dominación. Como llamamiento y como nombre de todos los mundos que resisten a la pacificación imperial, de todas las solidaridades irreductibles al reino de la mercancía, de todas las amistades que asumen la necesidad de la guerra. COMUNISMO. Sabemos que es un término que hay que usar con precaución. No porque en el gran desfile de nombres, ya no estaría de moda. Sino porque nuestros peores enemigos lo han *usado* y continúan usándolo. Insistimos. Ciertas palabras son como campos de batalla, cuyo sentido es una victoria, revolucionaria o reaccionaria, arrancada necesariamente tras una ardua lucha.

Desertar de la política clásica significa asumir la guerra, que se libra también en el terreno del lenguaje. O más bien en la manera en que se ligan, indisociablemente, las palabras, los gestos y la vida. Si se ha puesto tanto empeño en encarcelar por terrorismo a algunos jóvenes campesinos comunistas que habrían participado en la redacción de *La insurrección que viene*, no es por un «delito de opinión», sino más bien porque podrían encarnar una manera de mantener en la misma exis-

tencia actos y pensamiento. Algo que por lo general no se perdona.

De lo que se acusa a esta gente no es de haber escrito un texto, ni siquiera de haber atacado materialmente los sacrosantos flujos que irrigan la metrópolis. De lo que se les acusa es de posiblemente haber arremetido contra dichos flujos con la profundidad de un pensamiento y una posición política. De que un acto haya podido cobrar aquí sentido según una consistencia del mundo distinta de esa, desértica, del Imperio. El antiterrorismo ha pretendido atacar el devenir posible de una «asociación de malhechores». Pero lo que ha atacado en realidad es el devenir de la situación. La posibilidad de que cualquier patán oculte malas intenciones y de que detrás de cualquier pensamiento se oculten los actos a los que se apela. La posibilidad de que se propague una idea de lo político anónima pero alcanzable, diseminada e incontrolable, que no encuentre acomodo en el trastero de la libertad de expresión.

Ya apenas cabe ninguna duda de que será la juventud la primera que arremeta salvajemente contra el poder. Las revueltas de los últimos años, como la de la primavera de 2001 en Argelia o la del invierno de 2008 en Grecia, no son más que una sucesión de advertencias a este respecto. Quienes hace treinta o cuarenta años se

rebelaron contra la moral de sus padres no dejarán de reducirlas a un nuevo conflicto generacional, cuando no a un efecto previsible de la adolescencia.

El único futuro de una «generación» es ser la precedente, en un camino que invariablemente lleva al cementerio.

*

La tradición querría que todo comenzara por un «movimiento social». Sobre todo en un momento en el que la izquierda, que no acaba de descomponerse, trata hipócritamente de recuperar la credibilidad en la calle. Solo que ya no posee el monopolio de la calle. No hay más que ver cómo en cada movilización estudiantil —igual que en todo lo que todavía se atreva a apoyar— aumenta el abismo que media entre sus reivindicaciones quejumbrosas y el nivel de violencia y determinación del movimiento.

De tal abismo tenemos que hacer una trinchera.

Aunque vemos los «movimientos sociales» sucederse y sustituirse los unos a los otros, no dejando visiblemente nada a su paso, hay que reconocer que algo de ellos persiste. Un reguero de pólvora conecta lo que en cada acontecimiento no se ha dejado meter en vere-

da por la temporalidad absurda de la retirada de una ley o de cualquier otro pretexto. A sacudidas y a su ritmo, vemos que se perfila algo como una fuerza. Una fuerza que no sufre su tiempo, sino que lo impone silenciosamente.

Ya no es tiempo de prever los hundimientos ni de demostrar su feliz posibilidad. Lleguen pronto o tarde, hay que prepararse para ello. No se trata de establecer el patrón de lo que debería ser una insurrección, sino de devolver la posibilidad de la sublevación a lo que jamás debería haber dejado de ser: un impulso vital de la juventud tanto como una sabiduría popular. A condición de saber moverse en ella, la ausencia de un patrón no es un obstáculo, sino una oportunidad. Para los insurrectos es el único espacio que puede garantizarles lo esencial: mantener la iniciativa. Queda suscitar, alimentar como se alimenta un fuego, una cierta mirada, una cierta fiebre táctica que, llegado el momento, incluso ahora, se revele determinante y como una constante fuente de determinación. Ya empiezan a resurgir ciertas cuestiones que ayer mismo podían antojarse grotescas u obsoletas; queda apoderarse de ellas, no para responderlas definitivamente, sino para darles vida. Por cierto que haber vuelto a plantearlas no es una de las menores virtudes de la sublevación griega:

¿Cómo una situación de disturbios generalizados se convierte en una situación insurreccional? ¿Qué hacer una vez tomada la calle porque la policía se encuentra permanentemente derrotada? ¿Los parlamentos siguen mereciendo que se los tome al asalto? ¿Qué quiere decir en la práctica deponer localmente al poder? ¿Cómo decidirse? ¿Cómo *subsistir*?

¿CÓMO ENCONTRARSE?

París, 22 de enero de 2009

ÍNDICE



Un habitar más fuerte que la metrópoli



Presentamos una nueva edición —traducida por Diego Luis Sanromán y revisada y corregida por el comité invisible— de uno de los textos de crítica social más importantes, afilados y atinados de nuestra época.

[...] Este libro está firmado con un nombre de colectivo imaginario. Sus redactores no son sus autores. Se han contentado con poner un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las mesas de los bares, tras la puerta cerrada de los dormitorios. No han hecho más que fijar las verdades necesarias, esas cuya represión universal llena los hospitales psiquiátricos y llena las miradas de pena. Se han convertido en los escribas de la situación. El privilegio de las circunstancias radicales es que la precisión lleva en buena lógica a la revolución. Basta con decir lo que se tiene ante los ojos y no eludir la conclusión. [...]

[pepitas ed.]

Una editorial con menos proyección que un cinexín

Nada le falta al triunfo de la civilización. Ni el terror político ni la miseria afectiva. Ni la esterilidad universal. El desierto ya no puede crecer más: está por todas partes. Pero aún puede hacerse más profundo. Ante la evidencia de la catástrofe, están los que se indignan y los que toman nota, los que denuncian y los que se organizan.

El comité invisible está del lado de los que se organizan.

Pepitas (240) · Ensayo, 85

ISBN: 978-84-17386-57-3



IBIC: JPWJ · JPA · HBTV · 1DDF · 2ADF
PVP: 10 €